



*El amor  
no es para tanto*

*Cassandra  
Donati*

# ÍNDICE

MOVIMIENTO I

MOVIMIENTO II

MOVIMIENTO III

MOVIMIENTO IV

RELACION DE TOMAS FALSAS, VERSIÓN EXTENDIDA Y  
ALGUNAS NOTAS

## EL LUGAR

En el corazón de Roma, lejos de las avenidas principales, enredada en un sinfín de calles y callejones sembrados de edificios de fachadas nobles y pórticos cargados de historia, se halla uno de esos palacios italianos de fines del siglo XIX que reflejan el culmen de la arquitectura manierista de la época. Tal vez su frontispicio sobrio no permite adivinar al paseante el lujo recargado y ampuloso que se esconde en su interior, pero el *palazzo* Brancaccio no desilusionaría al lector, ni por sus jardines románticos ni por sus salones neoclásicos, adornados con lujosas lámparas de lágrimas y espejos de marcos dorados, auténticas obras del arte ebanista.

El *palazzo* en cuestión no es que tenga tras de sí una pintoresca historia que nos remonte siglos y siglos atrás, todo lo contrario, se trata de una obra relativamente reciente, capricho con la que una adinerada familia norteamericana obsequió a la rama italiana de la dinastía, más aristocrática pero menos pudiente. En este emblemático lugar tiene lugar la recepción que nos ocupa en la presente novela.

Pasen, pasen... no se queden en la puerta.

Bienvenidos al *Palazzo* Brancaccio

# MOVIMIENTO I

*Allegro, ma non troppo*

-Apesta

La aseveración contundente de Luca tomó a Patrizia y a Marianella por sorpresa. La mirada cargada de confidencialidad de Luca se desvió de la mujer y se dirigió hacia el suelo, como si con ese gesto diera a entender que esa palabra no la había pronunciado él. Marianella se quedó cariacontecida y miró a su vez a Patrizia, que recogió la expresión de su amiga con la misma delicadeza que una cajera de supermercado recoge la caja de huevos de una cliente, y una vez intercambiada la pertinente expresión de incredulidad, ambas retornaron su mirada de nuevo hacia Luca, que aguardaba con cierta coquetería a que sus amigas volvieran a prestar toda la atención a su confidencia.

-Lo que oís, esa fue su expresión exacta, “apesta”. Lo oí con claridad meridiana... y debéis reconocer que siempre he tenido una excelente agudeza auditiva, - concluyó taxativo.

Marianella le dirigió una expresión sombría. No acababa de dar crédito a lo que oía.

-Sí, la verdad es que agudo, agudo... no tienes mucho de agudo, pero de vieja metomentodo no te falta agudeza alguna.

Luca se volvió hacia Marianella, airado, pero finalmente no repuso nada, sino que se llevó su copa de champán a los labios y tomó un breve sorbo.

-No me lo puedo creer... - musitó Patrizia, que aún no salía de su estupefacción. – Pobre Francesca... después de lo de David... esto es lo peor que le podía ocurrir.

Marianella chasqueó los labios en señal de desaprobación.

-Que no, Patrizia, que Francesca rompiera con ese cretino de David ha sido lo mejor que le ha pasado en años. ¿No la has escuchado cuando explica lo mal que le iba con ese fulano?

Patrizia negó con la cabeza.

-Ay, Marianella, no sabes leer entre líneas. Cuando Francesca se desahoga con nosotras hablando mal de David lo único que está haciendo es intentar paliar con un subterfugio psicológico la enorme pérdida sentimental, el drama de una enorme dependencia emocional hecha añicos... en suma, un corazón roto que intenta consolarse pobremente.

Luca enarcó las cejas, comprensivo.

-A mí David siempre me ha parecido un chicarrón simpático.... Sí,

siempre he pensado de él que es un capullo que me cae bien, -concluyó con un suspiro cargado de contradicción.

Patrizia hizo un gesto de desaprobación. Marianella se ajustó su amplio vestido de noche, de color negro y con numerosos volantes y pliegues, y decidió dar el tema por zanjado. Era algo sobre lo cual los tres habían discutido largo y tendido y ninguno de ellos iba a cambiar de opinión ahora. Si sus amigos no descubrían en el mencionado David a un Casanova sin escrúpulos, allá ellos.

-Volviendo a lo del manuscrito...-Marianella retomó la conversación donde le interesaba más,- me resulta increíble que ese petimetre de Zacarías Lombardi se atreviera a calificar la obra de Francesca con esas palabras, y justo hoy, esta noche- se quejó con amargura,- cuando se va a presentar una muestra del libro a la prensa y a la crítica... ¿va y se despacha a gusto con el editor, Don Paolo, y le larga ese “apesta” cuando le entrega el manuscrito recién revisado? ¿Y qué cara puso Don Paolo con semejante crítica?

Luca, que se sintió aludido, intentó poner la que él consideraba era la cara del editor.

-Horror... - murmuró Patrizia

-Desastre y desolación,- concluyó Marianella con voz apenas audible.

-Chicas, eso es lo que hay, - concluyó solemne Luca.



-Pero.... No entiendo por qué el editor de un libro va a presentar algo que sus propios redactores consideran que es de tan mala calidad... lo lógico sería aparcar el tema...

Marianella negó con la cabeza.

-Don Paolo es un mal nacido sin escrúpulos. ¿Os acordáis de aquel profesor de literatura que había triunfado con aquella novela romántica... Amor sanguinario... o algo así...

-Sí, de hombres lobo y mujeres vampiro, - corroboró Patrizia.

-Espero no tener que leer nunca nada sobre la materia,- musitó Luca-, a mí me va más la comedia rosa.

-El caso es que escribió una segunda novela. Don Paolo siempre había pensado que iba a continuar la saga, que era lo comercialmente esperado por todos, pero el profesor quería decir al mundo que podía escribir historias de amor más serias y apasionadas, en suma, que era capaz de hacer “narrativa contemporánea”.

- ¿Y qué pasó con él?

-Pues que en la fiesta de presentación de la novela Don Paolo montó en cólera al percatarse que no era lo que él pensaba, - explicó Marianella,- y no dudó en denunciar que se sentía estafado y que se cancelaba el contrato con el

profesor en cuestión y con las historias de amor más serio y apasionado en particular. La narrativa contemporánea le causa urticaria a Don Paolo. Es su gran pelea con los escritores. Ya sabéis su famosa advertencia cuando alguien le insinúa que está pensando en escribir algo más serio; “Mire mi cara atentamente y dígame usted en qué parte ve escrito; busco escritores de narrativa contemporánea”.

-Sí, y no veas la cara que pone cuando dice eso, - confirmó Patrizia, que la conocía por propia experiencia.

Todos asintieron pensativos.

-Así que eso es lo que crees que puede ocurrir esta noche...- vaticinó Luca.

-Tan seguro como que lo estoy viendo. Zacarías Lombardi es la mano derecha de Don Paolo. Lo que él dice va a misa. Si dice que apesta... - la frase de Marianella la dejó sin concluir. Después retomó el hilo enfocando el asunto desde otro punto de vista. - ¿Y habéis visto quienes han venido aquí esta noche? Ahí está el calvo de Mondoniero, que tiene garras más que dedos, con los que destripa a sus víctimas en sus críticas de opinión... y el barbudo de “el catedrático” también lo he visto un tanto entonado...y ese no tiene reparo en crucificar a los reos, sobre todo cuando tiene el beneplácito del César, Don Paolo...

Pero Patrizia chistó a Marianella su disertación y le hizo una señal con los ojos, indicando que volviera la mirada sobre su hombro derecho. Marianella cayó en la cuenta y siguió discretamente las indicaciones de su amiga.

-¡¡Massimo!! Esa víbora... - musitó.

-El que se la tiene jurada a Francesca, - apostilló Luca en un murmullo.

-Sí... y creo que tenía puesta la oreja en nuestra conversación, - informó Patrizia.

Los tres callaron y pusieron cara de circunstancias, pero la presencia del antagonista literario de su amiga electrizó el ambiente, tanto que hubo un cruce intenso de miradas entre el aludido Massimo y los tres integrantes del corrillo. Tan evidente resultó la confrontación visual que el pertinente saludo resultó ineludible.

-Caramba, caramba... ¡a quien tenemos por aquí! -saludó con una sonrisa forzada que a todo el grupo provocó un poco de grima. Massimo era un hombre menudo, de barriga ligeramente prominente, que vestía un elegante traje gris perla con una camisa rosa pastel. Era a menudo apodado el pelirrojo por sus compañeros de profesión debido a su abundante y tupida cabellera que ostentaba ese color. Se rumoreaba en el mundillo literario que era teñido.

-Dichosos los ojos... - saludó Luca con una cara de circunstancias que sería perfectamente intercambiable con la de un mecánico anunciando que la

reparación del coche le va a costar un riñón.

-Debo felicitarte Marianella, has encontrado un vestido perfecto adecuado a tu talle, todo una proeza... - Massimo se había detenido en saludar más enfáticamente a Marianella, con la que mantenía habitualmente agrias disputas. El periodista no perdonaba que con frecuencia la conocida *influencer* se refiriera a su columna de crítica literaria como “ese vertedero intelectual del *Observatore*”. Después reparó con más detalle en la presencia de Patrizia. – Y tú Patrizia tan espectacular como siempre, – Massimo nunca dudaba en piroppear a las mujeres que consideraba atractivas con la esperanza de seducirlas. Era tan obvio que repelía.

-Pues es cierto, hija, - confirmó Luca que hizo un repaso visual de arriba a abajo de su amiga. – Tienes un look... que cualquiera diría que vas de *top model*... y creo que yo sé por quien van estas galas...

Patrizia fulminó a Luca con la mirada, pero este parecía abstraído en sus pensamientos.

-Ya está bien de tanta sandez. Ya sabemos que estás en esta fiesta, Massimo, pero afortunadamente hay mucho aire libre aquí para respirar y sería un alivio para nosotras no tenerlo que compartir contigo. Vamos, tenemos cosas más importantes de las que hablar.

Marianella utilizó su habitual determinación marcial para poner punto y

final a una conversación que no le atraía lo más mínimo. Extendió sus brazos e instó a sus amigos a moverse a través de la grava del jardín en busca de otros pastos más agradables.

Massimo los siguió con la mirada, sonriendo y pensando que tal vez con un poco más de tino lograría enredar a Patrizia en una conversación. Cuando Lucio, un conocido paparazzi amigo suyo, se le acercó a indagar el por qué de su felicidad, le brindó una respuesta cargada de intención.

-Amigo mío... hoy voy a disfrutar escribiendo la esquila literaria de una persona a la que “adoro”.

Y dicho esto dirigió una larga mirada que abarcaba a toda la concurrencia dispersa por el amplio jardín del *palazzo* Brancaccio buscando a esa persona en cuestión, pero sin hallarla.

\*\*\*\*\*

El jardín, amplio y alargado, era demasiado grande como para que Massimo pudiera cubrirlo en su totalidad con su ansiosa mirada. Para ello tendría que haber recorrido la explanada donde se hallaban las múltiples carpas en las que se habían servido canapés y que eran atendidas por

serviciales camareros pulcramente uniformados, y haberse adentrado por los senderos que recorrían los distintos enclaves del exterior del *palazzo*; la fuente, la plazoleta de las esculturas de los dioses, la pequeña cascada –una fuente de estilo renacentista- , el laghetto con sus nenúfares... Sin embargo, la mirada del periodista se detuvo en una figura que sin duda era protagonista de la velada, el empresario y editor, Don Paolo Lampedusa, artífice del encuentro de intelectuales, periodistas y escritores que tenía lugar en aquel escenario.

Don Paolo parecía uno de aquellos policías de tráfico en la época en la que los semáforos no abundaban, y que organizaba la circulación a base de agitar las manos y brazos insistentemente. A su voz acudían o salían despedidos empleados diversos dispuestos a acometer los más inverosímiles requerimientos. Don Paolo era un perfeccionista y no le agradaba que sus invitados tuvieran la más mínima queja. Era un hombre sexagenario, de barriga oronda, de esas que empiezan casi a la altura de la laringe y van abombándose conforme avanzan hacia la cintura, obligando a los botones de la almidonada camisa del smoking a hacer un esfuerzo extra para no reventar. Su escaso cabello cano estaba repeinado hacia atrás y los ojillos del personaje miraban a través de unas gafas de montura redondas y metal dorado.

-Anastasia, Anastasia... - Don Paolo requería así a una jovencita menuda de lentes redondas y grandes, de un agresivo color amarillo, que contrastaban enormemente con aspecto de becaria. Tímida y seguramente mal pagada,

fácilmente se advertía que ponía el alma en las tareas que su patrón le encomendaba.- ¿No oyes la música demasiado vigorosa? Me parece a mí que no hemos acertado con este cuarteto... no sé qué diablos están tocando pero parece que uno tiene ganas de echarse a bailar una polka... Dios mío, que tenemos a la *crème de la crème* aquí... estoy viendo a algunos profesores universitarios y algunos críticos que han mirado con desagrado hacia el tipo del chelo.... No sé, no le podría decir que baje el volumen y que no interprete con... tanto sentimiento... hace falta un poco más de.... De... eso, de temple, esa es la palabra.

-*La musica notturna delle strade di Madrid*, de Bocherinni...-acertó a intercalar la muchacha, que no obstante apenas logró variar el hilo discursivo de su jefe.

-Temple, temple... es lo que nos hace falta, anda dile al señor del contrabajo, o del chelo o lo que sea, que aplique más temple al asunto. – Don Paolo giró sobre sus talones hasta que localizó a su ayudante preferido- Pietro, Pietro... dime que estás pendiente de que llegue el ministro... es muy importante lo que tengo que hablar con él, no quiero que haga como siempre, viene el muy maldito a ventilarse las viandas, a descorchar el mejor champán, y cuando quiero plantearle cuestiones legislativas o materia fiscal, el muy avisado sale escopetado como si lo hubiera insultado o algo así. No quiero que se me escape, ¿verdad? Si es necesario clausuramos el *palazzo* y

escondemos las llaves pero hoy el ministro no se nos escabulle. Menudo granuja está hecho.

-A sus órdenes, señor, tenga por seguro que el mangante no se nos escabullirá...

Don Paolo enarcó las cejas en señal de desaprobación.

-Quiero decir Don Paolo que el insigne ministro será entretenido hasta que usted pueda conversar tranquilamente con él. – El joven Pietro resopló al recordar que a Don Paolo no le gustaba que los empleados asumieran el aire de familiaridad que el se daba con los personajes insignes.

-¿Francesca? ¿Dónde está mi bella y dulce Francesca?- Don Paolo seguía mirando en multitud de direcciones sin localizar el objeto de sus pesquisas.

-La escritora aún no ha llegado – informó la becaria, que contaba con una tableta digital en la que se iban recogiendo detalladamente la llegada de los invitados conforme esta se producía.

-Ay, esta mujer me va a matar. ¿Por qué será esta mujer tan impuntual? Le recalqué una y mil veces que llegara con puntualidad. Veo a tanta gente ilustre y crítico de pacotilla... sin mí corre el riesgo terrible de entretenerse en charlas intrascendentes con *paparazzis* del tres al cuarto y obviar a las mentes brillantes que pueden catapultarla a la fama...



-Bueno, Don Paolo, ella ya ciertamente es una escritora reconocida....

-Sí, Pietro, sí Pietro...- la voz de Don Paolo se moduló con una carencia que estaba cargada de paciencia,- pero la fama es una amiga frívola y caprichosa. Un día está contigo y al día siguiente se ha enrollado con tu peor enemigo. No se puede perder de vista a esa pécora...

-¿Francesca? – preguntó Pietro confundido.

-No, tonto, a la fama es a la que no se le puede perder de vista. Todo lo que hagas por ella es poco. La gente es olvidadiza. Agita un trapo con colores delante de la masa y ya los tienes en el bolsillo...y si dejas de agitar el trapo, estas acabado. No te puedes ni imaginar lo que cuesta conseguir que la gente no olvide a un escritor ilustre. Si no fuera por esa cuestión ... no sé que sería de mi noble oficio.

-Señor... señor... - El joven Pietro tocó ligeramente la manga de su jefe a fin de llamar la atención sobre una cuestión. – Allí se encuentra David Vicenza... ¿no me había dicho que quería comentarle algo?

-Ah, ese joven gigolo, maldito hijo de perra, me quiere sacar la sangre... quiere aprovecharse de sus contactos para que publique sus sucios relatos pornográficos... Sí, a ver si puedes traerme a ese sátrapa a mis pies y llego a algún género de acuerdo con él... extorsionador, estoy rodeado de víboras.... Y no, el comentario no va por ti, así que no me mires con ojos de perro

apaleado... anda, moveos, un dos, un dos...

\*\*\*\*\*

David Vicenza lucía un moreno que resultaba aún más espectacular al contrastar su relumbrante bronceado con la camisa blanca del smoking. Cada sonrisa parecía irradiar un potente haz de luz sobre las personas que lo rodeaban, y estas, especialmente si eran féminas, parecían quedar atolondradamente hipnotizadas por el efecto. Sus movimientos eran varoniles y felinos a la vez, lentos, pensados, elegantes y sofisticados. Daba igual si era para atrapar un canapé de una bandeja cercana, o comprobar el último mensaje de móvil. Su expresividad era calculadamente espontánea, si tal contradicción es factible, pero el lector lo comprenderá fácilmente si pensamos que estamos hablando de un modelo acostumbrado a posar, entonces podríamos decir, sin estar en absoluto equivocados, que David Vicenza posaba... para su público.

En concreto charlaba con una mujer elegante y enjoyada. Debía tener una cincuentena de años, por lo que contaba con una década de ventaja sobre el caballero, pero parecía disfrutar de su compañía, ya que cada poco tiempo reía explosivamente y apoyaba la mano sobre su interlocutor con complicidad.

-Ay, David, que modesto es usted... siempre pensé que era un hombre

sofisticado y sin sentido del humor...

-Condesa, que equivocada está usted en su juicio. Le aseguro que todo lo contrario. Soy de gustos sencillos, nada como la vida campestre... Siempre he soñado que me gustaría trabajar la tierra, el placer de cosechar lo que uno mismo ha sembrado, no se si me entiende. Lo que daría yo por tener un terrenito lejos del mundanal ruido... ya sabe, una pequeña casita con vistas a un viñedo... y que tal vez incluya un lago dentro de sus lindes... ya sabe, una pequeña propiedad con no muchas hectáreas de extensión...

-Ay David, cualquiera diría que es usted un calco de mi difunto marido. A él le encantaban los viñedos. Aún mantengo una propiedad en la Toscana, varios cientos de hectáreas de viñedos, y efectivamente, junto a la casa hay una pequeña laguna ideal para picnics... cualquiera diría que su sueño lo tengo yo en mi poder, – la condesa rio su propia broma con una carcajada estridente.

-Pues no le quepa la menor duda que habrá de mostrarme ese paraje idílico del que me habla. Soy un amante de la naturaleza, créame, y ¡viñedos!, eso he de verlo. Quedo rendido a sus pies pendiente de que cuando su agenda esté libre pueda invitarme a tomar un café a la sombra de un olmo disfrutando de las vistas.

La condesa volvió a apoyar su mano en el antebrazo del hombre y se

mordió los labios.

-Por Dios, David, cómo va a hacer cientos de kilómetros para tomar un café. No sea bobo, hombre. Le invitaré un fin de semana a fin de que se haga una idea de cómo es la comarca. Tenemos... perdón, siempre me olvido de mi difunto esposo, tengo unas caballerizas excelentes, sin duda que le apetecerá disfrutar de un paseo por los bosques cercanos...

La conversación seguía por estos placenteros derroteros cuando se vio interrumpida por la llegada de un tercero. David lo reconoció como uno de los adjuntos de Don Paolo. Adoptó una pose severa, como hombre de negocios acostumbrado a ser requerido por los grandes prebostes de la economía.

-Señor Vicenza, Don Paolo quería hablar al parecer de su propuesta con usted.

David dirigió una mirada de circunstancias a la señora condesa, sin embargo, le respondió que atendería al empresario “en unos minutos”, así que Pietro debió de volver sobre sus pasos con el recado mientras pensaba cómo matizar el mensaje para que el jefe no se lo comiera a exabruptos.

La condesa quedó admirada con la desenvoltura y *savoir faire* con el que David se defendía y ambos continuaron su conversación, complaciéndose mutuamente, hasta que los ojos de David se tropezaron con los de una atractiva y joven mujer que le requerían perentoriamente. David se disculpó de la

condesa y le dijo que una persona especialmente importante requería su presencia. La condesa no pudo menos que seguirlo con la mirada mientras su adorado caballero se perdía entre la multitud.

“Ajá, así que te reúnes con una jovencita... tomo nota, cabroncete”

\*\*\*\*\*

-¡Patrizia! – David tomó a la joven por el antebrazo mientras le sonreía con toda su capacidad de deslumbramiento y la conducía hacia un lugar apartado del jardín, donde las sombras del atardecer habían cobrado más fuerza. - ¡Qué hermosa te veo esta noche!

-David, menos lisonjas, que llevo viéndote con la Condesa de Motta San Giovanni charlar largo y tendido.

-Por Dios, mujer, espero que no estés celosa. Esto es una fiesta de alta sociedad, tú y yo sabemos lo importante que resulta establecer relaciones en ocasiones como ésta. – David saboreó con la mirada a Patrizia de arriba abajo y vuelta a empezar.- Santo cielo, estás preciosa... sublime, escultural....

-Para ya... - dijo con una sonrisa de felicidad la afortunada que en el fondo quería decir todo lo contrario; “sigue, sigue”.

-Verte así, como una vestal de la antigüedad, radiante... - David suspiró profundamente, - hace que mi corazón se llene de confusión... de una emoción tan acuciante, Patrizia, que creo que no voy a poder contener el caudal de sentimientos... - David se acercó a la joven hasta que pudo seguir hablando en susurros.

Al donjuán le gustaba endulzar su lenguaje seductor con palabrejas que tomaba prestadas de poetas del XIX, del diccionario de la lengua –la sección de modismos en desuso- , e incluso de alguna frase de “Sentido y sensibilidad” y “Orgullo y prejuicio” que memorizaba sin pudor alguno.

-Aquí no, David... -suspiró Patrizia mientras se preguntaba de dónde sacaba ese hombre semejante lenguaje.

-Siento Patrizia que me ennobleces, que los sentimientos que brotan en mi corazón sean tan castos y puros, un amor tan poderoso e incorruptible, que me obliga a ser mejor persona... Patrizia, tu haces que aflore lo mejor que hay en mí...

– Y déjate de tonterías. ¿Amor casto? ¿Pero tú sabes lo que dices?

Sin embargo, las palabras de David, susurradas al oído de la mujer, la hicieron gemir de emoción, aunque finalmente Patrizia se hizo con el dominio de la situación y apoyando las palmas de las manos en el pecho del hombre lo obligó a separarse unos centímetros de ella.

-No, David, aquí no. Francesca está a punto de llegar, - protestó finalmente.

-Ah... Francesca... - suspiró David con un deje de amargura. – Rompimos, ya ella no significa nada para mí, créeme.

-Si te creo, David... pero ella sigue siendo mi mejor amiga, y no quiero hacerle daño, quiero estar segura de que cuento con sus bendiciones, ¿comprendes? Es como... si guardara luto por su corazón roto.

David asintió comprensivo.

-Sí, creo que tus palabras están cargadas de nobleza... pero entonces, - David se quedó pensativo, su mano apoyada en la barbilla, reflejo de un pensamiento intenso que ocupaba toda su mente,- ¿cuándo quieres que me vuelva a pasar por tu apartamento?

\*\*\*\*\*

Filippo Binvanti permanecía sentado frente a la mesa redonda tenuemente iluminada por la única lámpara fluorescente del viejo almacén, que pendía del techo justo por encima de las cartas de póker y fichas, dispersas en un desorden que solo lo era en apariencia. El sudor resbalaba por su frente. Era

mucho lo que había en juego. Miró a sus oponentes moviendo sus ojillos de hipopótamo, apenas visibles sobre los abultados carrillos. A su derecha el viejo Giovanni mascaba tabaco, imposible saber si se trataba de un farol o no. Junto a él, Giancarlo con su sombrero de paja ocultando su rostro magro era otra incógnita. El joven Maurizio masticaba chicle con cara de aburrimiento.

Filippo suspiró. El póker no era lo suyo. Nunca ganaba... habitualmente los demás le sacaban los cuartos no sabía cómo. Cuando iba de farol siempre lo pillaban y cuando tenía una buena mano todos se retiraban. Ahora no tenía una mano buena, así que había puesto la cara que ponía cuando tenía una buena mano, pero eso es lo que intentaba hacer una y otra vez, y nunca le salía bien... tal vez debería cambiar de estrategia.

Una idea empezó a cobrar forma en su mente. Tal vez, solo tal vez, si pensaba en otra cuestión, completamente al margen de la partida, podría despistar a sus adversarios. Una súbita idea surgió poderosa en su mente. “Piensa en tu mujer”.

Y eso hizo Filippo.

Después pidió cambiar tres cartas.

Y no alteró en nada el cariz del semblante que había adquirido. Pensó en su mujer y ni siquiera se molestó en emparejar las cartas o poner un algo de orden en su mano. Toda su ocupación, todo su pensamiento, toda su



concentración, descansaba en el recuerdo de su esposa.

Y algo raro sucedió. El viejo Giovanni carraspeó. Él nunca hacía eso. Lo había asustado. También el Giancarlo pareció alterarse, y se movió inquieto en su silla. Es más, elevó el ala del sombrero a fin de no perder detalle de cuanto sucedía. Por otro lado el joven Maurizio se había atragantado y se había acabado tragando el chicle. Filippo comprendió, con la brillantez de un poderoso fogonazo, qué es lo que debía hacer a continuación. Dedicó un profundo e intenso pensamiento a su mujer, y acto seguido empujó todas sus fichas al centro de la mesa, donde ya se acumulaba una buena suma de capital.

“Marianella, Marianella, Marianella...” repetía esforzadamente el jugador.

Y el sortilegio pareció surtir efecto. El viejo Giovanni bufó. El nunca hacía eso. Y efectivamente, arrojó las cartas bocabajo. No iba.

Giancarlo se quitó el sombrero y se mesó el cabello. Tampoco iba.

Maurizio, el joven, era otra cosa, puro nervio y arrojo. Dudó unos instantes, y después puso las manos sobre sus fichas, dispuesto a empujarlas hasta el centro de la mesa e igualar la apuesta. Pero antes de hacer ningún movimiento el joven miró con el rabillo del ojo a Filippo...

“Marianella, Marianella, Marianella...” Unas gotas de sudor resbalaron por la sien derecha de Filippo, tal era el esfuerzo.

-Al carajo...- musitó Maurizio.

Filippo no podía creer en su suerte. Sonrió lleno de alegría. Extendió sus brazos sobre la mesa y arrastró las fichas hacia él. Su felicidad era completa.

Entonces el móvil sonó y Filippo puso cara de circunstancias.

-Sí cariño, comprendo..... Sí cariño, comprendo... pero.... Sí cariño, comprendo.... Sí, cariño... pero... comprendo.

Finalmente colgó con un suspiro. Sus contertulios suspiraron también.

-Debo partir, - comentó lacónico... y nadie dijo nada.

Unos minutos después de que se fuera el resto de los jugadores aún permanecían en silencio. Se habían limitado a recoger las cartas y las fichas. Finalmente fue Maurizio el que habló.

-¿Os fijasteis en su cara?... ¿en la última mano?

Giancarlo y Giovanni asintieron solemnemente.

-Daba miedo, ¿verdad?

Giovanni escupió y dijo:

-Sí... a saber qué se le estaba pasando por la cabeza al bueno de Filippo.

\*\*\*\*\*

Poco después, de vuelta en el *palazzo* Brancaccio, bajo un toldo cuadrado se alineaba una espléndida mesa servida de canapés, la cual ya había sufrido una cuantiosa merma de efectivos, Marianella y Luca mantenían una acalorada discusión.

-Por favor, Luca, seamos serios, creo que has bebido demasiado champán. Fíjate en tu constitución, escuálida, flácida diría yo, con esa cara chupada que parece que lo único que ingieres son tés y capuccinos... ¡y te has tomado cuatro copas!, que las he contado... Deberías replantearte esa idea descabellada... por favor! Es fruto del exceso de alcohol... esta no es una de las fiestas libertinas que celebras en la mansión de tu madre. Te expones al escándalo, y lo que es peor, que afecte a Francesca.

Luca negó tajantemente las acusaciones.

-Mira Marianella, he sido siempre muy amable contigo y te digo de todo corazón que te tengo un hondo y profundo aprecio... pero desconoces los recursos de esa mujer. Estoy seguro de que podemos confiar en ella. Francesca necesita nuestra ayuda... ¿Cómo no acudir a una persona que sabe relacionarse y cuyos contactos son tan... insospechados? Además, no pasa nada porque se de una vuelta por aquí, te aseguro que la Donna conoce a todo el mundo, sabe conseguir lo que se propone, es magistral... Déjala que actúe,

mujer.

-Por favor, te digo que no la llames... por favor... por favor...

Marianella suplicaba con semblante cargado de preocupación. Luca intentaba apartar la mirada de ella, ignorando su petición, pero finalmente no pudo ocultar la verdad por más tiempo. Marianella la adivinó después de ver en la expresión de Luca una clara señal de titubeo.

-No me lo puedo creer... ¿La has llamado ya? ¿Ni siquiera esperaste a coordinarnos con nosotras? ¿No crees que habría sido lo más honesto? Los amigos confían los unos en los otros. Deberíamos arreglar esto juntos, apoyándonos mutuamente... ¿Sabes lo que significa ser transparente? Es lo que tienen que ser los amigos entre sí. – Le reprochó, claramente enfadada.

Luca aguantaba el chaparrón con cara compungida, cualquiera diría que estaba a punto de echarse a llorar.

-Bueno... yo simplemente le expliqué el problema y le dije si podría pasarse por aquí a echarnos un cabo...- se excusó, en parte arrepentido por lo arriesgado de su acción, pues no dejaba de reconocer en su fuero interno que a Marianella no le faltaban motivos para preocuparse. Con la Donna nunca se podía estar seguro del todo.

-¿Y te respondió? - Preguntó con un atisbo de esperanza Marianella.

-Sí, es decir, dijo... algo así como que sí.

-Dijo... ¿qué dijo?, demonios

-“Chachi”...

“Chachi”, repitió en un susurro Marianella mientras daba media vuelta y se perdía en busca de un camarero que le sirviera algo fuerte.

\*\*\*\*\*

Ay, David... pensaba Patrizia mientras observaba al objeto de su amor unos metros más allá. Yo también siento que quiero sacar lo mejor de mí misma... y es gracias a ti. Te reformaré, haré de ti el mejor de los hombres. Es cierto que tienes algunas inclinaciones... que hay que corregir. Pero sé que llegará un momento en el que estarás tan enamorado que olvidarás que existen otras mujeres. Solo quedará en tu corazón amor para mí. Francesca nunca te acabó de comprender, no como lo hago yo. Entiendo que necesitas tu espacio y tu libertad... No se te puede tener amordazado ni con una correa. Eres atractivo y hay que saber aceptar que tarde o temprano todas las mujeres se interesan por ti. Hay personas que cuando tenemos pareja no damos pie a los del otro sexo ni a que nos pidan la hora, es verdad... pero tú eres tan amable

siempre. Eres incapaz de poner una mala cara a nadie.

Fíjate ahora, atendiendo a esa señora anciana de pelo blanco y rizado, con esa diadema de brillantes, que parece una princesa a la que se la ha pasado el arroz, con que dulzura y elegancia la tratas. Debe sentirse como la persona más afortunada de la recepción. ¡Incluso la haces reír! No conozco a ningún hombre que hubiera hecho eso. Habrían saludado cortésmente, pero habrían estado pensando, “bufff, esta anciana señora seguro que tiene una conversación que es un petardo...” y habrían salido despavoridos a la primera de cambio. Y tú... eres la caballerosidad hecha carne. Allí estas con ella atendiéndola, riendo sus chistes, brindando...

Y cuando te quedas solo parece que es lo que deseas de verdad. Miras a un lado y miras a otro con un porte... (suspiro de amor). Sí, se que te enamorarás perdidamente de mí... ya tus palabras me revelan que tu corazón está hecho solo para mí... y yo sé que a ti hay que dejarte libre como un pájaro, que sabe que al final de la jornada tiene su nido junto a mí, pero que durante el día tiene que volar y sentir la libertad en sus alas...

¡Coño! ya se le ha arrimado aquel grupo de jovencitas arpías que andan tras él. Bueno, iré a ver qué pasa y a hacerme notar.

# MOVIMIENTO II

*Allegretto grazioso*

Una mujer llegó al *palazzo* Brancaccio.

(Decimos “una” mujer, pero bien podríamos haber empleado el artículo “la”. Intentémoslo de nuevo).

La mujer llegó al *palazzo* Brancaccio.

(Sí, sin duda logramos ser más fidedignos con esta presentación).

Inmediatamente todas las miradas quedaron prendadas de su presencia. Alta, esbelta, de curvas vertiginosas, con un traje ceñido, rojo, culminado en un busto exuberante. La melena, morena pero con brillos claros, ondeaba a cada paso llamativamente, balanceándose al compás de un taconeo que parecía arrancar chispas, incluso llamas, allá donde hoyaban los pies de la dama.

El tiempo pareció detenerse y la música enmudeció.

Realmente los músicos del cuarteto seguían tocando, ajenos al terremoto que ocurría a no muchos metros de distancia, pero la atención del resto de los presentes se concentró tanto en la recién llegada cuando ésta se asomó a la pequeña escalinata que descendía hacia el jardín principal del *palazzo*, que



las conversaciones cesaron y fueron sustituidas por un murmullo de comentarios y suspiros.

La mujer descendió la escalinata. Pausemos la redacción y observémosla detenidamente.

Su talle oscilaba, tintineante y seductor con cada peldaño que bajaba. Su mirada, encantadoramente ingenua, como si ignorase por completo el poder que sus pupilas encendidas o su cuerpo sensual atesoraba, recorría la concurrencia, buscando caras conocidas. Allí donde posaba sus ojos cristalinos, los hombres tragaban saliva o se atragantaban si estaban a mitad de un bocado. Las mujeres intercambiaron entre sí comentarios despectivos que no dejaban en buen lugar a la recién llegada, mientras a más de un hombre se le dibujaba en la boca una sonrisa de tonto.

“¿Dónde está Don Paolo?” se preguntó la mujer, mientras aceptaba una de las copas que un enjambre de camareros se había apresurado a ofrecer.

\*\*\*\*\*

-Oh cielo santo santísimo, – murmuró aterrado Don Paolo.

El servicial Pietro, que siempre permanecía a su vera como un fiel

ejecutivo, le interrogó con la mirada acerca de la fuente de sus problemas.

-Ah, esa mujer... esa terrible pécora... está aquí! Pero ¿cómo es posible? No figura en la lista de invitados, ¿cómo ha conseguido entrar aquí? Ah, Pietro, Pietro... la lujuria y el arrepentimiento son dos hermanos que siempre van cogidos de la mano, ¿lo sabías verdad? Si esa mujer me atrapa entre sus brazos soy hombre perdido... Debo esconderme, debo librarme de ella... como sea...

Pietro le costó hacerse una rápida composición de lugar. Pensar en su jefe, un viejo carcamal, en brazos de aquella exuberante mujer, resultaba algo difícil de imaginar. Después de sacudir esos pensamientos y concentrarse en lo que Don Paolo le solicitaba, llegó a la conclusión de que sería difícil acceder al interior del *palazzo* porque eso supondría pasar junto a la persona que querían eludir.

-Vayamos al fondo del jardín, -sugirió.- Tal vez allí encuentre un poco de reposo. Yo me ocuparé de todo mientras tanto, si le parece. Estaré pendiente de la llegada de Francesca, que debe estar al caer...

-Sí, gracias mi fiel Pietro... toma nota de las desdichadas acciones de tu jefe. Ya lo decía mi difunto padre, el sexo es como conducir, ¡siempre tienes que ir con los ojos bien abiertos!

Avanzaron alejándose del jardín principal, llegaron a la pequeña cascada

flanqueada por dos esculturas de dioses romanos y cruzando el estanque por un sendero que lo atravesaba por su centro, llegaron al último de los jardines del *palazzo*, un recinto pequeño y coqueto donde había un par de parejas sentadas. Pietro se despidió de su jefe prometiendo que sacaría de la recepción a la señorita en cuestión de un momento... aunque no sabía cómo sin organizar un penoso espectáculo, que era lo último que deseaba.

\*\*\*\*\*

-Así que me dices que Francesca está en apuros... vaya vaya...

Patrizia miraba compungida a su héroe, que mostraba un semblante cargado de contrariedad, tanto que se sintió un tanto celosa. “¿Será posible que siga enamorado de ella y por eso lamenta tanto que la presentación del libro de Francesca pueda estar en peligro? Por un lado me conmueve su enorme corazón, tan pendiente de su ex, pero por otro lado... no me gusta esa vinculación sentimental tan fuerte...” Patrizia cavilaba estas consideraciones mientras observaba a su hombre pasear cabizbajo de un lado a otro, concentrado con intensidad, y mostrando sin duda, una profunda empatía por el problema en cuestión.

- ¿Estás segura de que esas fueron las palabras de Zacarías cuando entregó

el manuscrito a Don Paolo? ¿Apesta?

-Apesta.

-Es horrible, - dijo David, visiblemente preocupado. Parecía que su mundo se había derrumbado por completo, o que había fallecido un familiar muy cercano, tal era el tono apesadumbrado con el que dijo estas palabras.

-Sí, es un juicio literario severísimo. Estamos convencidos que Don Paolo va a dejar a Francesca a los pies de los caballos. Ya sabes cómo es él, un empresario sin escrúpulos ni consideraciones humanistas. Exprime a los literatos y cuando ya están secos, incapaces de producción literaria alguna... ¡al cesto de los papeles! Para él somos los peones de la partida, absolutamente sacrificables...

David asintió. Finalmente se encaró con Patrizia.

-Amada mía... creo que es preciso actuar sin demora... debo hablar con Don Paolo sin falta... tal vez estemos a tiempo de salvar a la pobre Francesca.

-Pues mira... allí va Don Paolo seguido de su fiel escudero. Parece que llevan prisa... y van al fondo del jardín.

David asintió. Parecía que Don Paolo era víctima de un sofoco, el semblante colorado, la respiración acelerada y el paso más rápido de lo que su gruesa cintura aconsejaría.

-Allá voy entonces.

\*\*\*\*\*

David observó, medio oculto tras una espesa yedra que crecía junto a uno de los altos muros que delimitaban los jardines del *palazzo*, cómo Pietro agasajaba a su jefe, Don Paolo, y después de acomodarlo en un banco de piedra y servirle algún refrigerio, desaparecía raudo como un misil en busca de cualquiera sabía qué objetivo. David comprendió que era el momento de abordarlo. Se atusó el pelo, se sacudió las mangas con las manos y estiró la chaqueta del smoking. Buscó con la mirada alguna superficie reflectante en la que pudiera contemplarse a sí mismo y verificar su buena percha, pero quedó defraudado al asomarse al estanque y obtener una imagen borrosa de sí mismo.

Decidió dirigirse a Don Paolo sin ulteriores demoras. Avanzó directo hacia él y observó que su presencia pareció incomodar a Don Paolo. Éste abrió los ojos de par en par cuando le distinguió, y después miró alrededor suyo, igual que un náufrago observa el mar a su alrededor con la esperanza de localizar un flotador al que aferrarse. Pero las parejas que ocupaban los bancos colindantes parecían completamente absortas en sus respectivas conversaciones, y a Don Paolo le faltaba la agilidad necesaria para ponerse en

pie de un brinco y dar tres buenas zancadas a fin de escabullirse. Cuando David llegó a su lado Don Paolo simplemente había conseguido erguirse torpemente. David no dejó que el sexagenario empresario se alejase del lugar. Le estrechó efusivamente la mano y tomó la palabra.

-Don Paolo, es un privilegio poder contar con unos segundos de su atención. Desde nuestra última conversación... habrá de saber que he sido tentado con una considerable suma de dinero, pero tal y como le confesé en la misma, he sabido resistir a las escalofriantes ofertas dinerarias que me han sido presentadas... y eso a pesar de que mi situación financiera, ya se puede imaginar, no es acorde a lo que mis legítimas aspiraciones establecen... Usted sin duda, que es hombre de mundo, comprende todo esto... y la dificultad de mi tesitura.

Don Paolo asintió con cara de malas pulgas. Nunca nadie lo había chantajeado, y aquel vividor pretendía sacarle los cuartos a cuenta de Francesca.

-Don Paolo, - la mirada de David se cargó de complicidad,- estoy al tanto del desastre del libro de Francesca...

-¿El desastre? – preguntó con cara de sorpresa Don Paolo.

-Sí, Don Paolo, no intente disimular conmigo. Como le digo, ambos somos hombres de mundo... Además, entiendo que de esa manera, al cancelar la

presentación del libro, las fotografías que poseo de Francesca conmigo, en posiciones amorosas, podríamos decir, rocambolescas, dejan de resultar tan ... apetecibles por la prensa rosa... y amarilla, y seguramente no me servirían para satisfacer ninguna de las aspiraciones que tenía previsto atender... así que... me he puesto en su lugar, sé que al igual que yo, tiene un enorme aprecio por esa chiquilla... y bueno, tal vez todos estaríamos contentos si en vez de presentar el libro de Francesca.... presentara el mío.

Don Paolo pegó un respingo, sorprendido.

-¿El suyo?

-Sí, Don Paolo, no se lo tome así. ¿recuerda el manuscrito del que le hablé hará un par de meses, cuando surgió todo este insidioso asunto de las fotografías de Francesca? Comprendo que no ha tenido tiempo aún de digerir la propuesta, pero sé que es usted ante todo un empresario. No es que yo sea un escritor, pero la lectura de innumerable cantidad de novelas eróticas y alguna que otra revistilla... y por qué no reconocerlo, unas cuantas películas porno, sumado todo ello, claro está, a mi dilatada experiencia como amante... – en este punto David le hizo un guiño a Don Paolo que éste recibió sin inmutarse, si acaso parpadeó incrédulo un par de veces,- creo que ha contribuido a formarme como un experto en la materia. Por lo poco que sé de marketing un libro así se vendería como rosquillas... no sé si tuvo oportunidad

de leer la copia que le dejé, pero tengo otra aquí, en mi coche, y no costaría nada anunciar “Amor calenturiento” como la próxima gran novedad de su editorial.

-Amor calenturiento...- suspiró Don Paolo que no daba crédito aún a la propuesta que estaba recibiendo.

-Exacto... un título que no deja nada a la imaginación del lector. Y de subtítulo, David Vizcenza, experto amante.... Imagínese las ventas, Don Paolo. Nos haremos ricos... - David mostró su sonrisa mas franca y exuberante, pero que a pesar de su entusiasmo no logró contagiar un ápice al empresario. – Piénselo, piénselo detenidamente... Mientras tanto me acercaré a mi coche y cogeré la copia impresa. Si quiere se la proporciono a alguno de sus ayudantes. Puede salvar la noche ... ya que el libro de Francesca está tan mal... tiene una oportunidad de oro de salir con bien de esta, amigo. Salva la noche y resolvemos de paso el incómodo problema... ya sabe, el de las fotos...

David se despidió con otro apretón de manos y se marchó decidido a poner su plan en marcha. Don Paolo observó la figura grácil y varonil de David alejándose del lugar. Hubo un momento en el que se detuvo, junto a una vidriera del *palazzo*, en la que el galán se observó unos segundos a fin de verificar que su presencia seguía resultando igual de atractiva y estimulante



que siempre, y después de deleitarse con su figura, prosiguió la marcha.

Pero la verdad es que la mente de Don Paolo no estaba para nada centrada en la propuesta inverosímil que David acababa de formularle. No entendía muy bien por qué hablaba del desastre del libro de Francesca, y por otro lado no quería dedicar un segundo a lo que aquel imbécil había estado insinuándole.

Lo que verdaderamente le preocupaba era la presencia de la Donna en el *palazzo* Brancaccio. ¿Qué hacía ella allí? ¿Con que aviesas intenciones se había presentado en su recepción? Don Paolo agitó el cóctel que le había proporcionado Pietro y se lo bebió de un trago.

\*\*\*\*\*

-¡Francesca!

Pietro saludó a la joven escritora agitando la mano. Acababa de incorporarse a la recepción y ya varios invitados la agasajaban con saludos y palabras de cariño. Una anciana enojada de pelo rizado y blanco, cuyo peinado culminaba en una grácil diadema de brillantes, había terminado por acaparar por completo a la joven y Pietro debió de aguardar a que finalizaran

las lisonjas que iban dirigidas a la escritora y que ella recibía con una sonrisa encantadora.

Finalmente logró concluir la conversación y Francesca pudo dirigirse al ejecutivo de la editorial, aunque constantemente se veía obligada a saludar a cuantos se le acercaban. No en vano era la protagonista de la velada.

-Me alegra verte... Don Paolo estaba empezando a impacientarse.

-Es temprano aún. Creo que falta media hora larga para la cena de gala...y después tendrá lugar la presentación. ¿Qué prisa hay?

Pietro se rio por el desenfado de la escritora y sacudió la cabeza.

-Vamos a tener al ministro, y debes saber que no ha fallado ninguna de las citas importantes... aunque lamento comunicarte que he visto al pesado de Massimo rondando por ahí...

-Esa hiena... Como en su día le di calabazas... ahora me la tiene jurada.

-Siempre hay capullos incapaces de escribir dos líneas seguidas pero cuando se trata de castigar la obra ajena, ahí aparecen ellos con cruces y clavos para ejecutar la pena de mil amores.

-Sí, Massimo no se pierde una pira mortuoria ni aunque haya que pagar entrada.

Pietro rio el sarcasmo.

-¿Dónde está Don Paolo? Me gustaría tranquilizarlo.

-Lo mantengo escondido... sí, no me mires así, al parecer hay una convidada que lo pone nervioso... ¿Quieres venir a saludarlo? Lo tranquilizarás un poco y además se alegrará de verte.

Francesca asintió sonriente, pero le indicó que primero tenía que hablar confidencialmente con él. Tenía un asunto serio que comentar y allí, en medio del bullicio del jardín, resultaría imposible. Pietro puso cara de circunstancias y siguió a la mujer.

Entraron en el *palazzo*. Todo en él se hallaba impecable. El gran *salone per conferenze* donde iba a tener lugar la disertación de la obra por parte de una catedrática universitaria, la doctora Elizabetta Passani, así como la presentación del libro realizada por ella misma y Don Paolo. Más allá se repartían las diversas salas donde se celebraría la cena de gala, todas impecablemente preparadas, con la cubertería dispuesta con orden militar y la vajilla reluciendo cual verdaderos diamantes. Aún así, la presencia constante de camareros que iban y venían como la de técnicos de luces y sonido no procuraban el aislamiento que requería Francesca.

Por fin pareció hallar una sala, la *gallería degli specchi*, que por ser la más pequeña, había quedado libre de uso esa noche. El lugar era magnífico, lujoso, soberbio, incluso a media luz y a pesar de encontrarse atestado por

diversidad de trastos que se habían acumulado por los servicios de catering y los de realización del evento.

-Aquí...- dijo finalmente Francesca, satisfecha.

-¿Aquí?

Y entonces Francesca, antes de que Pietro pudiera decir o hacer nada, se apretó contra él y lo besó apasionadamente. El joven la rodeo con sus brazos y prolongó el beso todo lo que pudo.

-Tendrás que maquillarte de nuevo... - comentó divertido el ejecutivo una vez se separaron un tanto.

-Y tú que limpiarte tus labios.... – comentó chistosa la escritora.

-Uno que también he visto y no me ha hecho maldita la gracia a sido a tu ex, - informó Pietro.

-¿David? ¿Está aquí?

Pietro asintió.

-No me gusta nada. Cuando éramos pareja le presenté a Don Paolo... y David es una persona que adora la influencia y el poder... No me extraña que haya conseguido que lo inviten, pero no me agrada verlo por aquí, - comentó Francesca con expresión de fastidio.

-Ah, cariño, ha llegado la hora de la verdad... - suspiró Pietro con aire

misterioso.

Francesca sacudió la cabeza extrañada.

Y Pietro se puso de rodillas ante Francesca. Su semblante se serenó y la sonrisa tan franca y expresiva de segundos atrás se transformó en una expresión dulce, que escondía cierta tensión. Francesca se mordió el labio, no creyendo lo que estaba viendo.

-Esto, amada mía, es un anillo de diamantes... un anillo de compromiso, - dijo Pietro mientras sacaba un pequeño estuche de terciopelo negro, mostrando un anillo espectacular que arrancó mil destellos esplendorosos de la escasa iluminación que llegaba del exterior, - que te entrego con la esperanza de que me aceptes como futuro esposo. Francesca, ¿quieres casarte conmigo?

La voz de Pietro pareció vibrar especialmente en la última frase, víctima tanto de los nervios como de la emoción.

Francesca se arrodilló junto a él y lo besó apasionadamente.

-Sí, Pietro, sí, claro que sí...- dijo entre lágrimas.

Pietro soltó una carcajada, liberadora de toda la tensión que había guardado dentro de sí.

-Hoy es el día más feliz de mi vida, - confesó.

Francesca seguía llorando como una bendita.

-Menudo lío, la verdad... escribo un libro que explica por que no creo en el matrimonio...

-... y ahora estamos pensando en la boda, - concluyó divertido Pietro.

Francesca sonrió.

-Querido mío, vas a tener que ser paciente con esta escritora que hoy dice una cosa y mañana hace la contraria. Tendremos que esperar un tiempo antes de anunciarlo... bufff... Las ventas del libro se desplomarán cuando se sepa... - dijo con una sonrisa espléndida de felicidad.

-Amor mío... si es necesario esperaremos hasta que nadie lo compre ya.

Francesca se rio, pero negó con la cabeza semejante posibilidad.

-No aguantaría tanto- explicó con expresión alegre.

-Vamos, me preocupa Don Paolo. Y mira, por la ventana se ve llegar al señor ministro. Don Paolo quería verlo sin falta, así que démonos prisa.

\*\*\*\*\*

-Perdone, caballero...

Quien así hablaba era la mujer del vestido ajustado rojo de la cual hemos hecho recientemente su presentación, y a quien se dirigía era a nuestro ya célebre crítico literario Massimo .... Éste, que había sentido como alguien le tocaba la manga de su traje, se volvió circunspecto en busca de quién le requería. Sin embargo, su vista no se tropezó con la mirada de una persona, sino con un escote ajustado que permitía adivinar unos senos turgentes... a Massimo le costó horrores apartar la vista de tan cálida visión y buscar la mirada de su interlocutora. La belleza de la mujer le dejó atónito y por un momento perdió la función del habla por completo.

La mujer parecía estar acostumbrada a causar ese efecto en los hombres y sonrió comprensiva, con una empatía tal que Massimo sintió hasta la última terminación capilar de su cuerpo ponerse de punta. Su amigo Lucio el finolis, el fotógrafo, le propinó un leve codazo para sacarlo de su aturdimiento.

-Perdone, señorita, ¿me requería? – Massimo, una vez recuperadas sus funciones vitales básicas, respondió a la mirada afable de la mujer con una sonrisa de oreja a oreja.

-Busco a Don Paolo Lampedusa... empresario y promotor de esta velada... No sé si tiene el gusto de conocerle...

-Don Paolo, por supuesto, un viejo y entrañable amigo... hace un momento estaba por aquí... Deje que eche un vistazo.

Pero el escrutinio del periodista no dio resultado alguno, más si tenemos en cuenta que su estatura era algo inferior al de la mujer y su horizonte visible era por tanto más limitado.

-Debe estar ocupado con los preparativos... pero no se preocupe, que en breve reaparecerá por aquí.

La mujer pareció decepcionada. Hizo un mohín con los labios que a Massimo le pareció arrebatador.

-Si me permite le puedo ofrecer una copa de champán....

La mujer sonrió dócilmente y Massimo atrapó al vuelo una copa de la bandeja de un camarero cercano que se hallaba junto a ellos.

-Es usted un encanto... -murmuró la mujer, complacida.

Massimo se preguntó que era aquel retumbar insidioso que de pronto ahogaba todos los sonidos del entorno. Primero pensó que se trataba de que el cuarteto había incorporado a un trombón, o algún instrumento de percusión similar... después comprendió que se trataba de su corazón desbocado.

-¿Qué le trae a usted por estos andurriales? – Preguntó Massimo atolondradamente, pero esforzándose todo lo posible en mantener vivo el fuego de la conversación.

-¿Estos andurriales? Es usted muy gracioso también... -de nuevo ese



retumbar incesante hizo que Massimo casi no pudiera oír la respuesta de la mujer. Su voz sensual electrizaba. – Me traen... negocios, como no.

-Ah, se dedica usted al mundo editorial. ¿Escritora? ¿Crítica literaria?

-Oh, no, por supuesto que no. Mis menesteres... son de índole... más práctica.

Massimo se atragantó.

-¿Correctora tal vez?

La mujer se rio.

-Bueno, yo diría más bien que soy... una fuente de inspiración. Ayudo a que las mentes más brillantes se desbloqueen cuando su ... vigor narrativo decae...

-Interesante... creo que yo... alguna vez he necesitado ayuda de ese tipo... créame... A veces me siento...

-¿Bloqueado?

-Exacto... Y ... – Massimo tosió a fin de aclarar su voz- ... ¿en qué consiste su... terapia?

La mujer enarcó las cejas levemente y le miró con picardía. Massimo sintió que casi se cae de espaldas.

-Ay, pillín... no querrá que le diga esas cosas aquí y ahora, ¿verdad?

El semblante de Massimo enrojeció hasta el carmesí más intenso. Intentó replicar algo mínimamente afortunado, pero de pronto la vista de la mujer se alzó por encima de su cabeza y se mostró complacida con lo que vio.

-Ah, por fin, Don Paolo, ahí lo veo llegar. Discúlpeme caballero, los negocios son lo primero, pero será para mí un placer continuar con esta conversación más adelante si a usted le apetece...

La mujer abandonó a Massimo que parecía sufrir una aparatosa paraplejía intentando articular una respuesta coherente al amable ofrecimiento.

Cuando parecía que ya tenía una frase adecuada como respuesta, fue su compañero, el fotógrafo, el que le dio una palmadita en la espalda y lo sacó de su mutismo.

-Tranquilo, Maxi, que ya se ha ido hace un rato.

\*\*\*\*\*

-Querida mía, aquí llega tu caballero andante dispuesto a vencer a cuantos dragones se interpongan en nuestro camino...

Quien así saludaba, con los brazos extendidos, dispuesto a recibir un

caluroso abrazo de su mujer, no era otro que nuestro buen amigo Filippo, que a la llamada de su amor conyugal se había acicalado y vestido conforme lo requería la recepción.

Pero a su entusiástica salutación Marianella le dio sendas palmaditas en las mejillas y depositó un brevísimo beso en los labios de él, que no obstante, pareció satisfacerle plenamente.

-Cuéntame cuales son tus problemas que Filippo Binvanti te los resolverá en un periquete.

Marianella le miró escamada. Se encontraban junto al gran pórtico de la entrada del *palazzo*, donde habían quedado a fin de que Marianella pudiera facilitar la llegada de su consorte. Filippo se mostraba siempre renuente a participar en aquel género de actos.

-Te veo muy satisfecho de ti mismo, Filippo... ¿No se te habrá ocurrido engañarme con otra, verdad? Esa sonrisa de felicidad me mosquea. Si fuera así ya sabes que te desollaría vivo y después ...

-Que sí angelito mío... -pero dado que la sonrisa no desaparecía de su semblante y que Marianella le seguía mirando con un rictus de sospecha, decidió dar más explicaciones- Es que hoy he desplumado a los parroquianos del almacén...

Marianella resopló.

-Pues me alegro de haberte alejado de esas malas compañías. Tenemos un buen lío entre manos... y necesito tu ayuda. Se trata de Francesca... está en un buen apuro.

-Pobre chica. ¿Qué sucede con ella? La última vez que la trajiste a cenar a casa parecía muy desmejorada...

-Eso fue porque estaba rompiendo con el cantamañanas de David... míralo, ahí lo tienes, mirando su reflejo en una copa de champán, observando si ha perdido o ganado algo de guapura en los últimos cinco minutos.

Marianella había conducido a su marido desde la sobria puerta de acceso del *palazzo* y después de dejar a la derecha la *sala degli angeli*, cruzar la *sala degli arazzi* y finalmente la *sala rossa*, desembocaron en la escalinata que conducía al jardín donde se hallaba la mayoría de los invitados. Fue en ese punto donde Marianella había visto a David, solitario en ese momento, ocupado en sus cuitas estéticas.

La noche se había cerrado sobre Roma. Una agradable temperatura junto con el ambiente distendido que proporcionaba el poder oír decenas de conversaciones y algunas risas aisladas, además de la apacibilidad que brindaban las carpas discretamente iluminadas por los faroles del jardín, hacían que la recepción adquiriera un tono cordial y hospitalario. Filippo respiró hondo y cuando, contagiado por aquel aire relajado se dispuso a tomar

un refrigerio alcohólico, ofrecido por uno de los serviciales camareros de la empresa de catering, se topó con un duro manotazo propinado por su mujer.

-Ni se te ocurra, Filippo. Te necesito con los cinco sentidos en su sitio.

El camarero sonrió ante la confusión de Filippo, que puso cara de niño sorprendido con las manos en la caja de bombones, y se retiró discretamente. Filippo ya no sonreía tan abiertamente. Un mohín de fastidio asomó a su boca cuando se dirigió a su mujer.

-Bueno, vamos a ver, ¿qué sucede con Francesca entonces?

-Es su libro, Filippo. Parece que está muy mal...

-¿Cuál? ¿El que iba a presentar esta noche?

-Ese mismo, lumbreras.

-Y entonces... ¿qué podemos hacer nosotros para evitar el desastre?

Marianella miró a un lado, miró a otro, y una vez cerciorada que no había moros en la costa, acercó sus labios a la oreja de Filippo, y algo gordo debió decirle porque la boca del hombre se fue abriendo en un largo y profundo “oh” de consternación.

\*\*\*\*\*

-Ilustrísimo y Excelentísimo señor Ministro... permítame rendirle la mayor de mis cortesías – Don Paolo saludó tan efusivamente como pudo al ministro italiano mientras golpeaba los talones con un tic militar que le salió improvisadamente e inclinaba la cabeza ligeramente, recordando vagamente a lo que debería ser un general prusiano de tiempos atrás saludando al Mariscal.

-Menos monsergas Don Paolo, que tú y yo somos perros viejos y nos conocemos de sobra. Ya sé por qué tienes tantas ganas de verme, pero de mí hoy no vas a sacar ni una sola promesa, ni garantía alguna y es más... no voy a escuchar tus súplicas ni razonamientos, que bien entendidas tengo ya tu lista de peticiones en mi cabeza.

El ministro sonrió cordialmente al anfitrión de la velada y se atusó el bigote, satisfecho de su ataque preventivo, que según Tsun Zhu, es la mejor estrategia de defensa.

Don Paolo frunció el ceño y le miró perplejo. Después soltó sin miramientos su andanada de bombas, deseoso de causar el mayor estrago posible.

-¿Ah sí? ¿Me permites que te recuerde, mi querido viejo amigo, quien te salvó el cuello cuando te liaste con aquella corista y desapareciste una semana en la que no diste señales de vida y el primer ministro estaba tan preocupado

que pensaba que te habían secuestrado?

El ministro asintió comprensivo.

-Fue un gran detalle que explicaras a todo el mundo que había sufrido una fuerte lumbalgia tras un accidente de cacería... y que necesitaba inmovilidad absoluta y reposo total.

-¿Y cuando aquel medio sensacionalista sacó a relucir tus dietas infladas en tu gira por los países árabes?

El ministro carraspeó.

-La verdad es que fue un detalle aquel dossier fotográfico de un par de docenas...

-¿Un par de docenas? Un centenar de fotografías donde te insertamos con “fotosop” en todo tipo de recepciones con príncipes saudíes, firmando contratos inexistentes y hasta brindando con personalidades europeas en recepciones de embajadas... Tuve al equipo de diseño gráfico haciendo horas extras una semana entera... ¿Y dónde estaba el señor ministro mientras tanto? ¿No sería por casualidad en algún casino de Abu Dabi tirando de la tarjeta de crédito del ministerio mientras desplegaba toda su campechana personalidad sobre un nutrido grupo de señoritas?

En este punto la sonrisa del ministro fue haciéndose más y más forzada.

-Por favor, Don Paolo... Ya lo hemos hablado. Un ministro está obligado a mantener una activa agenda social que evidentemente no todo el mundo comprende... y es tan fácil malinterpretar...

-Ah, caballeros... ¿interrumpo tal vez una reunión de negocios?

Quien así hablaba era la mujer de rojo que se había acercado a la pareja y había interrumpido coquetamente la conversación. El ministro la aceptó de mil amores, con una sincera sonrisa que fue ampliándose a medida que evaluaba los atributos de la fémica. No sucedió así con Don Paolo, que pareció sentirse sofocado y visiblemente alarmado por la irrupción de la mujer. El ministro, hombre muy observador, no dejó de tomar nota mentalmente de aquella reacción.

-No hay conversación entre dos caballeros lo suficientemente interesante como para no atender la petición de una hermosa dama como usted... ¿tengo el honor de conocerle?

-No lo creo... si fuera así, tenga por seguro que lo recordaría... -bromeó seductoramente la mujer, lo cual provocó la hilaridad del político, y un sofoco a Don Paolo.

-Sinceramente, esperaba llegar a una reunión de eruditos e intelectuales y tener que aguantar soporíferas conversaciones acerca del sexo de los ángeles...



-Ah... ya veo por dónde va usted, señor ministro, del sexo de los ángeles ¿eh?

Ambos rieron el doble sentido con el que habló la mujer, no así Don Paolo, que iba sonrojándose más y más conforme la conversación avanzaba.

-Sería para mí un honor que compartiera mesa en la cena de gala... creo que sin usted me iba a aburrir dramáticamente... y por favor, llámeme como lo hacen mis amistades, Tito.

La mujer le hizo un ademán por el cumplido, como azorada, y después se disculpó.

-Tito, si me permites, necesito secuestrar a Don Paolo unos minutos... necesito hablar con él sobre una cuestión importante. Pero espero ansiosa el momento de compartir... mesa.

El ministro se rio, encantado por la frescura de la espléndida mujer y dejó que ésta, tomando cariñosamente del brazo al empresario, se alejara charlando como una pareja bien avenida.

\*\*\*\*\*

-¿Qué te decía, Patrizia? – Luca se quitó una ficticia mota de polvo de la

solapa del smoking. – Podíamos confiar en la Donna. – Fíjate, allí va cogida del brazo de Don Paolo, seguro que le está cantando las cuarenta. Ella resolverá este asunto en un periquete. Lo último que hará ese hombre sin escrúpulos es denigrar a Francesca públicamente.

Patrizia prestó atención a la dirección hacia la cual se dirigía la observación de Luca. Efectivamente, allí estaba aquella mujerona llevando del brazo a Don Paolo, que bien parecía que le estaba cantando las cuarenta, pues Don Paolo iba serio y rígido como si le hubieran atado un palo a la espalda. Su mirada al frente y su rictus de incomodidad hicieron pensar que Luca parecía tener razón.

-Bueno... yo también moví algún resorte...- dijo contemporizando la chica. Cuando Luca le miró inquisitivo dio una ulterior explicación. – Hablé con David... Sí, tú sabes que él es un hombre de recursos... No costaba nada... y es una buena causa...

-Sí, Patrizia, pero te aseguro que los resortes que mueve la Donna no los articula cualquiera.

-Si, viéndola no lo dudo....

Se quedó mirando un rato hacia la extraña pareja. Efectivamente, la Donna parecía estar amenazando a Don Paolo mientras este permanecía callado como un muerto.

-Oye, Luca... una pregunta... ¿qué clase de resortes dices que mueve esa... señora?

\*\*\*\*\*

-Pietro, Pietro... ¡qué alegría encontrarte! – Era Marianella la que le saludaba efusivamente.

-Caramba, Marianella, y Filippo, cuanto tiempo sin verte. - ¿Qué tal? ¿Cómo va la empresa? – Filippo tenía una empresa de fontanería y desatascos y hacía tiempo que Pietro no lo saludaba.

Filippo puso cara de circunstancias. De todos era sabido que aquel tipo de convites no era lo suyo, pero su mujer era una preciada *influencer* y más de una vez se veía en tesisuras similares.

Pietro sonrió ante el desconcierto del marido de Marianella y le dio una palmadita en el hombro, en señal de ánimo.

-Pietro, amigo del alma... hay que evitar el desastre... -explicó entonces Marianella con mirada suplicante.- Acabo de hablar con Francesca y me dice que ella no trajo la copia del manuscrito. Cuando la catedrática quiera citar algunos pasajes no va a poder hacerlo y la presentación se va a quedar coja.

Filippo miraba a una mujer de color rojo de aspecto exuberante, pero Marianella, que lo percibió por el rabillo del ojo le soltó una patadita en las canillas que hizo que el semblante de Filippo se contrajera por el susto... y el dolor. Marianella no le daba nunca un respiro. Filippo no sabía cómo, pero esa mujer era capaz de adivinar las cosas que pasaban por su mente incluso antes de que pasaran.

-Pero Mariellla... no hay problema alguno con eso... La editorial tiene una copia aquí mismo... Yo tengo todo preparado, descuida mujer,- explicó Pietro relajado y con una sonrisa.

-¿Seguro que tienes la copia del manuscrito?

-Por supuesto, en la sala de la princesa. Ahí hemos guardado el material de la editorial. Está a buen resguardo en un archivador cerrado con llave.- Pietro sonrió divertido por aquella preocupación.- Podéis disfrutar tranquilamente de la velada.

-No sabes el alivio que representa eso para mí.- Marianella suspiró largamente y antes de que Filippo pudiera iniciar el trago de champán que se disponía a disfrutar, lo tomó del brazo y se lo llevó tras ella sin que él pudiera siquiera rechistar.

Unos segundos más tarde, cuando Marianella encontró refugio en una de las partes más sombrías del jardín y se cercioró que no había nadie cercano se

dispuso a hablar con Filippo.

-Ese chico me gusta – comentó Filippo, que por fin tenía ocasión de tomarse un sorbo de su copa.- Y no me mires raro... me refiero que me parece un buen tipo. No se da esos aires de intelectual “superenterado” de todo, deja que la gente hable y nunca pretende tener la razón en cada cosa que dice... - dijo finalmente con un suspiro de convencimiento. Después reparó en que su mujer le miraba con una severidad extrema. – Dios mío, mujer, ese comentario no iba por ti. Tú no eres ese tipo de... intelectual.

-Eso espero, cariño. – El cariño iba recargado de un espíritu enérgico que removi6 hasta el tuétano de Filippo.- Pero vayamos a lo que nos ocupa. ¿Comprendes cuál es el siguiente paso ahora, no? Ya sabía yo que iba a necesitar contar contigo.

-Cielo mío... ¿no podrías pedir ayuda a alguno de tus amigos? Luca, o Patrizia... ¿Cómo voy a reconocer yo el libro en cuestión? Tú sabes que mi fuerte no es precisamente la lectura...

-Sí, Filippo, la lectura no es tu fuerte, junto con un montón de cosas más que no son tu fuerte... pero ahora el destino de nuestra amiga descansa en tus manos. No me imagino a Luca o Patrizia forzando un archivador con su alfiler para el pelo o con el pin de la solapa. En cambio tú para eso sí que tienes maña.

Filippo se sintió repentinamente halagado y no supo cómo salir del atolladero.

-Sé dónde está esa sala. Yo me quedaré por fuera indagando, si se acerca alguien daré un golpe en la puerta. Tú recuperarás la copia. Si no hay copia no hay lectura, y sin conferencia la presentación no puede hacerse, ni para bien, y sobre todo, para mal, que es lo que me temo pretendía hacer Don Paolo.

Marianella miró a Filippo con la determinación con la que un sargento de marines mira a un recluta novato.

-Nada que objetar, - murmuró Filippo, acongojado.

\*\*\*\*\*

Pietro, atento a que todos los invitados estuvieran debidamente atendidos, de pronto reparó que su jefe, Don Paolo, le hacía ostentosas señas desde lo alto de la escalinata de acceso al *palazzo* para que se acercara. Cuando se situó junto a él Don Paolo lo condujo al atrio interior a fin de hablar con más discreción.

-Pietro... -la voz de Don Paolo apenas contaba con resuello. Se ve que algo lo agobiaba. – No sé lo que pasa con esta maldita presentación del libro,

pero el mundo entero parece haberse vuelto loco.

El ejecutivo le miró extrañado. No le hacía ninguna gracia que la presentación del libro de su prometida pudiera verse en entredicho.

-Primero ha sido este idiota de David Vicenza. No he entendido muy bien lo que me decía ni cómo sabe lo que sospecho que sabe, pero dio por hecho que la presentación se iba a cancelar.

Pietro tomó aire con fuerza.

-Pero eso es una soberana tontería, todo está listo para el acto. Nada nos impide...

-Sí, pero no sabes lo peor. ¿Ves esa mujer de allí? La de rojo... La Donna, se hace llamar. Una arpía. No te dejes enredar jamás en sus brazos, ¿sabes? Nunca se sabe cuando una pequeña indiscreción amorosa puede tornarse en un enorme cataclismo financiero, hazme caso, joven Pietro.

-Señor...

-El caso es que esa bruja... me tiene cogido por los....

-Sí señor, comprendo.

-Y me viene a decir que debemos cancelar la presentación del libro. Que está enterada de nuestros planes con respecto al mismo y que dado el cariz que tiene el asunto, desea que la presentación se cancele por todos los medios. No

sé si es una artimaña de la competencia que quiere hundir el lanzamiento de la temporada o un simple acto de terrorismo cultural indiscriminado.

-Señor, no podemos hacer eso. Debemos avisar a la policía...

-Eso mismo he pensado yo Pietro... pero,... - Don Paolo detuvo al impulsivo Pietro que ya estaba tomando su móvil a fin de efectuar la debida denuncia- ... este asunto requiere de unas manos habilidosas, y sobre todo, amigas. No me apetece para nada que este espinoso asunto personal se ventile a los cuatro vientos, ¿comprendes? La reputación es como tu cartera, Pietro, no puedes dejar que todo el mundo la manosee.

Pietro asintió.

-¿En quién estaba pensando, señor?

-¿Conoces a Garibaldi... Giulio Garibaldi? Sí hombre, “el prisas”.

Pietro no lo conocía.

-La última vez que hablé con él estaba de interino en el cuerpo anti-droga, pero no sé si le dieron el destino que el solicitaba en la metropolitana de Roma, como inspector... Sé que la última vez que lo vi estaba fastidiado porque le habían puesto a vigilar las salidas de los colegios...

-Entiendo, para evitar la venta de drogas a menores....

-Algo así. Era un colegio donde estudiaba el hijo del jefe de policía de



Roma y al parecer la criaturita era el terror del profesorado. Giulio hacía de niñera, vamos, para que la cosa no fuera a mayores... porque el que trapicheaba con droga era el menda. Pero volvamos a lo nuestro..., tú sabes cómo son esos rollos de funcionarios; traslados, ascensos, excedencias y como gaitas se llamen... cada vez que hablo con ese hombre me deja el cerebro frito cuando me explica cuál es su destino. Te envío el contacto y le aclaras las cosas y que él se las ingenie para sacarme de este atolladero. Si se pone con excusas le recuerdas que es Don Paolo el que le está pidiendo que venga... y si se pone con más excusas le dices que aquí tiene champán gratis toda la velada, que ya verás que con eso no falla. Quiero que le cante las cuarenta a la Donna, ¿entendido? Eso sabrá hacerlo a la perfección, no te quepa duda. El tío parece poca cosa, pero tiene buena pegada.

Y con esto Don Paolo pareció tranquilizarse, y dejó a Pietro con su tarea asignada mientras se alejaba, soltando tacos por lo bajo, encaminándose con los brazos abiertos al encuentro del señor alcalde, al que acababa de divisar en el otro extremo del jardín y que le saludaba igualmente con los brazos extendidos.

\*\*\*\*\*

Dos hombres de smoking charlaban, sentados en la zona del jardín que daba acceso a la zona de servicios y cocina, por la que entraban y salían camareros con canapés y copas. Sus frentes relucían con una patina de sudor. Ambos consumían un refrigerio mientras se miraban pensativos entre sí.

-Este chico, Vittorio, va a tener problemas más temprano que tarde... y no se le puede decir nada, la verdad. – Hablaba el hombre mayor de los dos, cercano a la cincuentena. Una cabellera larga y encanecida le confería un aire señorial y caballeresco. – Llega el fin de semana y deja de tomar la medicación... es un insensato.

El otro asintió. Se trataba de un hombre mucho más joven, tal vez en la treintena, que además fumaba un cigarrillo con aire preocupado.

-Bueno, dice que de esa manera siente la música con mucha más intensidad... que así es más artista, - explicó.

-No sé... no sé... si este hombre no se corrige tendremos que buscar a otro chelista. Y es que además no para de soltar tacos... Si al menos fuera educado, pero no caerá esa breva.

Ambos asintieron.

-También es mala suerte. ¿Quién le mandaría a nadie con la ocurrencia de insinuar que tocara el chelo con más temple? ¡Con lo susceptible que es Vittorio!

-Nos va a dar la noche, ya lo verás...

Volvieron a asentir. El joven arrojó el cigarrillo al suelo.

-Se nos acaba el tiempo de descanso. ¿Sabes dónde se ha metido el loco ese?

Su compañero, el hombre cano, negó con la cabeza. Después añadió algo por lo bajo, mientras se ponían en pie y se dirigían al estrado donde descansaban sus instrumentos.

-No sé, pero le oí murmurar algo de que iba a arreglar un asunto con la chica del “temple”... Que Dios nos coja confesados.

\*\*\*\*\*

-Ay Patrizia, estoy que no me tengo en pie de los nervios. Tengo las rodillas que parecen de mantequilla.

Quien así hablaba era Francesca, que había pillado una copa y un canapé y se lo estaba tomando en compañía de su amiga. No cesaba de saludar a todos cuantos pasaban a su vera. Por un lado estaba encantada de la notoriedad, pero el agotamiento y el estrés empezaban a pasarle factura.

-Me siento como si hubiera corrido una maratón y me dijeran que ahora

tengo que regresar a la línea de meta... ¡a repetirla! - protestó.

-Ya verás que todo sale.... muy bien... -Patrizia la consoló, aunque su frase no sonó todo lo segura que debería. Francesca se quedó un tanto pensativa, pero antes de que pudiera inquirir nada Luca se presentó junto a ellos, feliz y radiante.

-¿Qué tal Francesca? Hoy es tu noche... - su sonrisa resultaba magnífica... quizás tanto que hasta parecía ligeramente forzada, pensó extrañada Francesca.

-Eso parece... Aún no me creo que se haya levantado tanta expectación. Con mi primer libro sobre la psicología del amor no hubo tanto revuelo.

-Claro, ¡el revuelo vino después cuando se convirtió en un *bestseller*!- explicó Luca con énfasis. – ¡Ah! pero no te extrañe que después de semejante revuelo la editorial haga cualquier cosa con tal de llamar la atención... - concluyó misteriosamente.

Francesca se sintió intrigada por ese apunte. Como escritora no tenía demasiada experiencia... pero Luca, que era diseñador interiorista, menos aún.

-Mmmm.... No sé exactamente a qué te refieres... Don Paolo me ha propuesto un lanzamiento de lo más convencional, algo de publicidad, entrevistas en prensa... pero no veo en ello nada del otro mundo, la verdad, ni mucho menos en plan, “llamar la atención”, como tú insinúas.

Luca entonces soltó una carcajada, quizás demasiado estridente y exagerada.

-Bueno Patrizia, tú estás más metida en esto de las publicaciones y demás, a fin de cuenta eres redactora... en una revista de moda... - Luca le hizo un guiño a Patrizia mientras Francesca paseaba la mirada distraída en derredor, instándole a que le ayudara a preparar a Francesca para lo peor.

Patrizia carraspeó.

-Bueno sí... a veces las editoriales provocan... situaciones... llamativas... eso, sí. Escandalosas, diría yo.

-¿Llamativas? ¿Escandalosas? – preguntó Francesca y después tomó un poco del champán pensando que tal vez eso la relajara un poco. También pensó que tanto Luca como Patrizia estaban incluso más nerviosos que ella misma. Eso la divirtió.

-Sí, claro... por ejemplo a veces dicen que van a presentar un libro... y de pronto, zas, dicen que ya no lo presentan... y tienen así a los medios de comunicación en vilo.

-¡Exacto! – Exclamó Luca lleno de júbilo. – Hacen eso... o hacen otras cosas disparatadas. Ya sabes cómo son los de marketing para esas cuestiones.

-Eso, eso... - corroboró Patrizia – dicen que van a hacer una cosa... y

después hacen la contraria, con tal de resultar...

Pero ambos amigos observaron que la atención de Francesca tomaba otros derroteros.

-Disculpad que nos os atendiera, pero estaba más pendiente de David... qué divertido, no sabía que fuera a venir. Cielo santo, y está seduciendo a la condesa de Motta San Giovanni. – Francesca se rio – Por favor, si lo conozco tan bien... ahora mismo está poniendo esa cara de cuando dice “amada mía, tú haces que yo quiera ser mejor persona”, – remedó Francesca mientras hacía pucheros.

Ni Luca ni Francesca lo percibieron, pero en ese punto Patrizia pegó un respingo.

\*\*\*\*\*

No iba muy desencaminada Francesca en relación a su juicio sobre David. En ese preciso momento que lo observaba David estaba poniendo su mejor cara de “yo nunca he roto un plato”.

-Oh, condesita, por favor, ... me siento por un lado tan injustamente tratado... pero por otro me lisonjea usted tanto que me hace experimentar

cosas que hacía tiempo no sentía...

La condesa lo miró de refilón. Su rictus de severidad aún no había desaparecido de su expresión pero sus ojos chispeaban divertidos. David observó aliviado las pistas que indicaban que la situación se iba relajando. Continuó con su discurso.

-Mi dulce condesa, usted sin darse cuenta me ha mostrado su corazón, porque evidentemente se ha sentido celosa... y como verá no tenía razón ni motivo alguno para ello...

-Ah ¿no? Le vi haciendo arrumacos a una jovencita en el rincón más oscuro del jardín. ¿Pretende tomarme el pelo?

-Por favor, por favor, debe usted dejarme explicar. Como le decía, me siento completamente halagado por el favor que me hace al entregarme su corazón... porque, a fin de cuentas, ha de saber... que usted ya me había cautivado.

La condesa tomó aire de golpe. La revelación del dandi la tomó desprevenida. Apenas pudo contener la euforia, pero una sombra de duda sobrevolaba su intuición, indicando que no era oro todo lo que relucía.

-Esa joven... Yo sé perfectamente lo que vi.

-Ah, condesa, va a ver como usted y yo nos vamos a reír de lo lindo.

-Dígame usted y ya veré yo si me da la risa o no.

La condesa estaba impaciente por conocer las razones del caballero y no podía evitar que la sonrisa de David se le contagiara, participando de su complicidad.

-Patrizia, esa joven dulce y atractiva que está aquí esta noche... allí mismo la estoy viendo... mire, nos saluda...

-Esa misma joven era, sí señor.

-Es mi hermana, - confesó David con cara de disculpa, como si comprendiera que la condesa había metido la pata pero él estuviera dispuesto, con excelsa magnanimidad, a no tomar en cuenta el desliz de la dama.

- ¡Su hermana!

-Mi hermana, sí.

Ambos empezaron a reír. Primero sosegadamente, pero finalmente, tras repetir la misma exclamación, “mi hermana, su hermana” varias veces más, a mandíbula batiente.

Claro está que cada cual se reía por razones bien distintas.

\*\*\*\*\*



Pietro aguardaba impaciente la llegada del inspector.... O subinspector. No le había quedado muy claro su rango después de una extraña conversación telefónica. Pietro, en el trabajo, era habitualmente efectivo, dinámico, rápido. Sin embargo, en la conversación mantenida con el inspector, subinspector... digamos agente... Giulio, el tiempo se había ralentizado de tal manera que Pietro diría que aquel hombre, con sus largas pausas, le había obligado a pensar más despacio, y le había resultado muy extraño... era como si de pronto se hubiera entontecido.

Y tal y como le había anticipado Don Paolo, en cuanto citó el hecho de que tendría acceso gratuito a bebidas alcohólicas la actitud remisa del agente se había evaporado como por ensalmo.

-Verá ... ahora mismo estoy metido hasta el cuello en una investigación de lo más comprometida... ya sabe... una identidad falsa... conocer a las personas adecuadas...introducirse en los ambientes ... peligrosos... un sinfín de documentos que deben memorizarse... es el arte interpretativo en estado puro... Don Paolo seguro que comprenderá que bajo el peso de una ... responsabilidad semejante...

-Si viene por aquí tendrá acceso a todo tipo de refrigerios, incluidos alcohólicos... ahora mismo están ofreciendo champán a todos los invitados.

Una breve pausa.

-Pallazzo Brancaccio. Copiado.

Y ahora Pietro aguardaba impaciente en el portal del *palazzo* a que llegara el agente, en la esquina entre la Vía Merulana y la Largo Brancaccio, paseando impaciente de un lado para otro, frotándose enérgicamente las manos, y preguntándose cómo es que estaba pendiente de una cuestión que no alcanzaba a entender y que apartaba su atención de lo verdaderamente importante de la velada. Esperaba de todo corazón que aquel turbio incidente de la vida de su patrón no ensombreciera para nada la presentación del libro de Francesca.

Pietro reparó entonces en un hombre que se dirigía hacia él con un paso parsimonioso. Sorprendido se dio cuenta de que su andar tenía cierto aire al de... un pato, como si cada pie, en cada movimiento, decidiera tomar las de Villadiego y dejar a su legítimo dueño en la estacada. De fisonomía larguirucha, la espalda encorvada y los hombros caídos, su aspecto era el de un cincuentón envejecido prematuramente. Se presentó ante él y le saludó con su mirada apagada. Estrechó su mano con una total ausencia de vigor. Pietro comprobó desolado que aquellos pantalones mal planchados de color oscuro y una desvaída chaqueta de pana, acompañado por una corbata negra cuyo nudo podría admitir diversos epítetos, obviando, eso sí, los de impecable, ajustado,

o terso, no iban a casar muy bien con la elegancia reinante en el interior del *palazzo*. Pietro se preguntó qué parte del ruego, “vístase con sus mejores galas”, podía dar pie a una malinterpretación como la que sus ojos contemplaban.

-Sígame por favor, se lo ruego.

El hombre asintió y, eso sí, despacio, emprendió el camino tras del joven.

Pietro, que no sabía cómo abordar el espinoso asunto en cuestión, decidió abrir la conversación de cualquier manera a fin de facilitar la comunicación.

-Me dijo que era inspector... o subinspector... no me quedó claro...

-Es sencillo. Soy subinspector en base a concurso de méritos desde hace una década... más o menos, claro... como funcionario de la policía metropolitana de Roma.

-Subinspector entonces...

-No, en absoluto. Sucede que después gané la plaza como inspector jefe de la lucha antidroga de Nápoles... esto fue hace seis meses atrás...

-Ah, entiendo, inspector.

Había algo en la voz de aquel hombre que adormecía a Pietro, que anulaba su espíritu enérgico. (Atención, lector, que no se te caiga el libro de las manos, ni dejes que los ojos se te cierren en este punto. Un esfuerzo que queda poco).

-Pero no. Resulta que aún no se ha publicado oficialmente el nombramiento del nuevo destino, pero sí el cese de la plaza que ostentaba.

-Entonces...

-He pedido la excedencia de ese servicio con un destino provisional... y dependo administrativamente de Asuntos Exteriores... aunque no le voy a explicar por qué extraños motivos ... he terminado allí... claro está... no quiero aburrirle con mis cuitas.

Pietro sintió una alarma en su cabeza. El asunto podía resultar aún más enrevesado.

-Entiendo... - aunque Pietro no estaba seguro cual era el comentario apropiado para salir de aquel campo de minas.

-Pero no es tan fácil de entender, no obstante. Al parecer han rechazado la solicitud según me he informado... extraoficialmente. Realmente ... desconcertante.

-Lo siento... -murmuró Pietro consternado, aunque no precisamente por el hecho de que lo rechazaran.

-Bueno, aún no me lo han comunicado oficialmente... claro está... así que estoy preparando mis papeles para regresar como subinspector a la espera de que se publique mi cargo como inspector y se me rechace mi solicitud en

Servicios Exteriores... cuestión ésta que probablemente recurra... ha sido un completo abuso... y las vías administrativas siempre hay que agotarlas, créame lo que le digo, joven.

-Bufff, ¡qué lío! ¿verdad? – dijo aliviado Pietro que veía que por fin se terminaban las aparatosas explicaciones.

-No, en absoluto, - el agente le miró extrañado. – Se lo volveré a explicar, verá que es mucho más sencillo de lo que parece.

Pietro empezaba a comprender la ironía en su exacta dimensión. “El prisas”.

\*\*\*\*\*

-Busco a una chica, joder.

Quién así hablaba era un hombre joven, de pelo rubio alborotado y mirada vidriosa.

-Todos buscamos a una, - repuso Lucio el finolis, el paparazzi al que era habitual encontrar en compañía de Massimo, - y algunos hasta más de una, créame.

El joven fijó entonces sus ojos en el fotógrafo. Parecía un poseso. Se

movía nerviosamente, casi compulsivamente. Parecía verdaderamente loco. Lucio, que sentía una especial inclinación por los dementes, acaso porque en cierto sentido se identificaba con ellos, decidió prestar más atención a aquel elemento. Su cara le sonaba, y después de unos segundos reparó que era uno de los músicos del cuarteto. El del chelo, se dijo cuando se percató finalmente de quien era.

-Busco a una chica... -repitió el joven, como si le costara avanzar más allá de ese razonamiento. Con un súbito movimiento de mano apartó la pelambarrera rizada que caía sobre su frente.

-Bueno, si nos atenemos a las estadísticas... tiene unos cuantos millones de ellas solo en este país.

-Quiero decir, que busco a una, ¡una en particular! Coño.

-Ah, haber empezado por ahí. Si tiene el gusto de describírmela tal vez pueda decirle algo. Por mi profesión estoy acostumbrado a tomar buena nota de la gente que me rodea.

El joven le escrutó con intensidad, como si fuera un geólogo observando un mineral que nunca antes hubiera contemplado.

-No es muy guapa, menuda, tiene gafas redondas y amarillas, y su voz es...

-No, alto, lo de la voz la veo como una característica absolutamente

superficial. Yo hago fotos, no grabo vídeos... no me fijo en las voces. Y puedo preguntar ¿por qué busca a esa chica en particular? ¿Alguna buena razón tendrá para ello?

-Me dijo que debía tocar con más temple... Cabrona, - dijo con expresión severa.

“Ay mi madre, este se ha quedado ofendido por la observación y me da que quiere hacer algo gordo.”

-Y a usted eso le molestó...

El joven le miró impertérrito. Lucio se dijo que es imposible interpretar el semblante de un demente.

-Verá joven. Creo que esa chica de la que me habla... se ha retirado ya... Lo siento de veras.

- ¡Maldición! Carajo, hijo de perra, ... – Exclamó el músico, poseído de una intensa furia y se alejó con los puños bien prietos y los hombros enervados.

\*\*\*\*\*

-Pietro, a Dios gracias que te encuentro. ¡Tenemos un problema!

Pietro, que acababa de llegar al jardín donde se iban acumulando los invitados que aún seguían llegando, estaba acompañado por Giulio Garibaldi, al que ya había explicado la presencia de la Donna que incomodaba a Don Paolo. El policía observaba atento cuanto sucedía a su alrededor.

Y quien así hablaba no era sino Francesca, que venía acompañada por Anastasia, su enlace editorial. Pietro reparó en que tras las gafas redondas y amarillas de la chica, había unos ojitos asustados.

-¿Qué sucede? – preguntó sabiéndose observado por un policía.

-¡Un loco! Tenemos un loco en la fiesta...

-¿Un invitado se ha vuelto loco? – Preguntó Pietro un tanto alarmado.

-No, no es un invitado... es uno de los músicos, el chelista,- comentó Anastasia mientras corría a refugiarse tras las espaldas de Pietro.

Los cuatro volvieron su mirada hacia el cuarteto, que interpretaba en ese momento una pieza de Mozart.

Efectivamente, el chelista parecía tocar con verdadera pasión su instrumento. Diríase que le iba la vida en ello. Lograba que su instrumento sonara con más fuerza e ímpetu que cualquiera de los restantes, hasta el punto de que no pocos invitados formaban un corrillo en derredor del mismo a fin de deleitarse con la fuerza musical del artista.



-Bueno, parece un poco... entusiasta, ¿no? ¿Qué tiene de malo que toque el chelo con tanta vehemencia? - Preguntó Pietro perplejo.

-Está preguntando por Anastasia insistentemente... cada vez que hacen una pausa para descansar.

Pietro sonrió.

-Bueno, no sé qué tiene de malo que un chico se interese por una chica... Pasa todos los días.

Francesca hizo un mohín, y le dijo a Anastasia que explicara la situación ella, puesto que era la afectada.

-¿Recuerdas Pietro cuando al inicio de la recepción Don Paolo me rogó que le indicara al chelista que tocara con más temple?

Pietro lo recordaba.

-Pues hablé con él durante una pausa y algo le sucedió ... porque empezó a mirarme de una forma rara, extraña... y después empezó a tocar de esa manera... aún más violenta.

Pietro enarcó las cejas, indicando que aún no veía ningún indicio de locura.

-Sí, sí, sí... pero después ha estado preguntando por ahí por mí. Según sus compañeros está un poco loco... y justo los fines de semana que tiene

actuación no toma la medicación porque eso lo deja grogui, y él quiere sentir la música... y Lucio, el finolis, habló con él hace un rato y me dice que más vale que me vaya porque parece que se sintió muy molesto conmigo por la observación que le hice...

Pietro sacudió la cabeza, absolutamente perplejo por el cariz que había tomado aquel encargo tan simple

-Bueno... afortunadamente tenemos a un inspector de la policía con nosotros... - Pietro se dio cuenta demasiado tarde que se había introducido en terreno pantanoso.

El aludido carraspeó entonces.

-No exactamente un inspector...

-¿Ah no?- interrogó Francesca ignorante de los peligros que entrañaba esa inocente pregunta.

Por el bien de la fluidez con la que se desarrolla la obra procedemos a pasar a otra escena que acontece unos minutos más tarde.

\*\*\*\*\*

Pietro, ya solo, observó con horror que el que se dirigía hacia él con aire

fanfarrón y seguro de sí mismo era el propio David Vicenza. No lo tragaba y se le hacía difícil verlo por las oficinas de la editorial rondando a Don Paolo. A saber qué turbios manejos se tenía entre manos, y el encontrarlo en la velada, como invitado, no le presagiaba nada bueno.

David le saludó con una palmada en el hombro propinada con un exceso de fuerza y de confianza.

- ¿Qué tal, doctor? - Era su manera de saludar a los que consideraba eran más instruidos que él, aunque Pietro presentía que también el título implicaba una velada sorna.

- ¿Qué te cuentas David? – repuso a su vez Pietro, a la defensiva.

David dirigió la mirada en derredor, sin mirar a nadie particular, como si estuviera pensando bien lo que iba a decir a continuación. Finalmente se encaró con Pietro, y este reparó por primera vez que David llevaba un documento enrollado en la mano. Se trataba de un pequeño libretto, encuadernado con anilla metálica y tapa transparente.

- Esto es para ti. Tú jefe lo va a necesitar más temprano que tarde. – Y David le tendió el opúsculo que tenía en la mano.

-¿Qué coño es esta ...? - la palabra que venía a continuación era “mierda”, pero Pietro tuvo los suficientes reflejos como para darse cuenta de que aquel manuscrito titulado “Amor calenturiento”, venía firmado por David

Vicenza, así que era cuestión de medir las palabras. Un subtítulo, en letra cursiva, aclaraba además, por si hubiera alguna duda, que se trataba de “un relato fiel de las mejores aventuras amorosas de un moderno don Juan”.

Pietro suspiró. Lo primero que se le vino a la cabeza fue el nombre de su amada.

-¿Francesca? – acertó a murmurar, pensando que tal vez estuviera incluida en esas páginas algún relato con referencia a ella de su reciente etapa como pareja.

-Por supuesto que no, ¿por quién me tomas?... soy un caballero. Simplemente he escogido los relatos más ... sórdidos. – Y una sonrisa deslumbrante animó el rostro moreno de David, muy satisfecho de ser el autor de lo que Pietro pensaba debía tratarse de un bodrio.

Pietro suspiró un tanto aliviado. Echando un vistazo por encima se dio cuenta de que aquel folletín era impublicable.

-Aunque estaría bien que la hubiera incluido, verdad... - dijo mientras le hacía un guiño y la señalaba con la mirada – Esta buena la cabrona, la verdad, lástima que la dejara escapar.... Pero no se pueden tener a todas las gallinas en el mismo corral... tú me entiendes.

Y dicho esto, el tal David siguió su rumbo, muy satisfecho de sí mismo y convencido de su inmediato triunfo.

Pietro volvió a mirar la portada. Parecía una revista pornográfica. Una mujer, en pose sensual, con una chaqueta abierta, era abordada por la espalda por un hombre que deslizaba la mano sobre su vientre desnudo. Enrolló el manuscrito y pensó en dejarlo con el resto de las cosas de la editorial en la sala Princessa.

Pero cuando estaba llegando observó que estaba Marianella rondando por allí y no le apetecía enredarse en una conversación con ella. Así que reparó en una papelera cercana que se hallaba en el pasillo y allí arrojó el manuscrito de David sin la más mínima contemplación.

“Al archivador cilíndrico”, se dijo, contento de resolver de un plumazo la arrogante solicitud de David.

\*\*\*\*\*

Filippo rebosaba de intensa alegría.

No era para menos, había desplumado a todos los parroquianos del viejo almacén. ¿Cuándo había sucedido eso por última vez? Ni se acordaba.

Pero eso no era lo que le regocijaba intensamente. Era la certeza de que había logrado un descubrimiento crucial, el método con el cual dominaría, a

partir de ese momento, a cuantos adversarios en el mundo de los naipes osaran interponerse en su camino. Y la clave estaba ... en el descubrimiento de un rictus transcendental.

De nuevo puso la cara de concentración... “Marianella, Marianella, Marianella...”

Sintió como su expresión se tensaba en una mueca que aún no tenía determinado que apariencia le confería... debería mirarse en el espejo en cuanto pudiera. Tenía conciencia de que abría mucho los ojos... Tal vez por el hecho de que al pensar en Marianella, inconscientemente quería abarcarla con la vista completamente... Sí, concluyó, le gustaría fijarse en que aspecto tenía su semblante en esos momentos de concentración. Finalmente se relajó y sonrió de nuevo, ufano.

En otras circunstancias estaría verdaderamente preocupado... y se sentiría realmente incómodo. Meterse él a robar un manuscrito como si de un agente secreto se tratara... y sin embargo allí estaba él, explorando una gran sala en penumbras, ayudado por la función linterna de su móvil, en busca de un archivador al que había que forzar la cerradura. El Filippo de siempre, acobardado y tímido estaría viviendo tal situación como una pesadilla, como un vulgar pringado, siendo lo más probable que se hubiera negado en redondo. Y ahora, sin embargo, tenía el temple de un James Bond. Sereno y confiado,

como si se hubiera pasado media vida asaltando *palazzos* para robar manuscritos y fuera un quehacer intrascendente dentro de su profesión de espía.

Bien, había dado con el mueble en cuestión. La organización había dejado en una esquina una serie de cajas de cartón, algunas de ellas abiertas, donde podían verse distintos accesorios de la velada. El menú de la cena, una cartulina color crema, con sobre relieves glamurosamente decorada. También figuraba una revista, de la que había multitud de ejemplares perfectamente amontonados, con las novedades de la editorial que publicaba el libro, así como lo que parecían ser unos regalos destinados al público asistente, diferenciados por género. Para las damas un bonito broche, y los caballeros un llavero con el logotipo de la editorial. Junto a las cajas se hallaba un pequeño archivador, que tal y como esperaba, estaba cerrado.

La cerradura requirió de toda su pericia. Afortunadamente además de llevar consigo un pequeño juego de ganzúas, hubo de valerse de una de sus tarjetas de crédito que le ayudó a desenganchar finalmente el pestillo. Filippo consiguió abrir el mueble metálico en pocos minutos y la carátula del libro de Francesca apareció ante sus ojos. Sin embargo, debió de apartarse repentinamente.

-Joder, ¡esto huele a muerto! – exclamó borrando de un plumazo su cara de

James Bond y sustituyéndola por otra menos varonil y más parecida a la de un payaso triste.

Pero finalmente logró sobreponerse a la primera reacción, que fue salir huyendo como alma que lleva el diablo, y triunfó una vez más la sangre fría del nuevo Filippo. Tomó el manuscrito y volvió a cerrar el archivador. Se sentía completamente seguro de sí mismo, como si fuera un agente secreto con pleno dominio de sus sobrehumanas facultades. El mundo yacía a sus pies y no habría obstáculo que él, Filippo Binvanti, no pudiera salvar.

“Trabajo hecho”. Hasta tenía ganas de silbar, y de hecho debió esforzarse en no hacerlo. Discretamente avanzó hasta la puerta tras la cual estaba Marianella, vigilante. Le sorprendería con su aplomo y serenidad, y le mostraría el manuscrito tras una breve inclinación, cual lord inglés saludando a su dama y brindándole un ramillete de florecillas. Eso sí, el aroma del obsequio no sería el mismo.

Sin embargo, cuando abrió la puerta y salió al iluminado vestíbulo que colindaba con la sala que acababa de abandonar, con aire desenvuelto y lleno de satisfacción, descubrió sobresaltado, que allí no estaba Marianella.

¿Dónde se había metido?

¿Por qué diablos no estaba allí?

Y lo que era mucho peor... ¿Cómo se articulaba el resto del plan? Porque



claro está, si había entendido algo de todo aquello es que debería desembarazarse de ese libro cuanto antes... pero de esa parte Marianella no había tenido el detalle de decirle ni mu.

\*\*\*\*\*

Ha llegado el momento de averiguar qué es lo que había sido de Marianella, a la cual Filippo no halló una vez completó su arriesgada misión secreta, como acabamos de ver.

Lo cierto es que Marianella estaba bastante preocupada por el hecho de que Filippo llevara a buen término lo que se esperaba de él. La mujer se movía pesadamente de un lado a otro del pasillo aguardando que su marido saliera de la sala con el manuscrito en la mano, cuando una persona conocida pasó por delante de ella, yendo de una de las salas del *palazzo* a otra. Y no era una persona cualquiera, era Zacarías Lombardi, el artífice de todas sus preocupaciones y cuitas. Sus palabras eran las que había oído Luca y habían servido de detonante para que ella se pusiera manos a la obra a resolver aquel incómodo entuerto y salvar así la reputación profesional de Francesca.

Y Marianella no era una persona de las que se queda con la boca cerrada, como bien vamos conociendo. Es más, ya se había planteado tener un severo

cruce de palabras con el mencionado académico y crítico, y viéndolo sólo y tan a mano, no lo pensó dos veces. Abandonó a su marido a su suerte, pensando también que la cuestión lo merecía, y salió todo lo veloz que pudo en pos del bueno de Zacarías.

El tal señor era una persona bonachona y afable. Su enorme barriga y su semblante risueño en seguida daban a entender que no era hombre de polémicas. Marianella, que lo conocía un poco, sabía que se lo podía zampar en un santiamén. Así que lo abordó tan abruptamente como solía ser habitual en ella.

-Yo también me alegro de verte... - repuso el interfecto una vez Marianella se presentó ante él con aire marcial y mirada intimidatoria.

-Zacarías, sé cuál es tu opinión acerca de la obra de Francesca, - explicó sin más rodeos la influencer.

-Ah, ¡cuánto me alegro que estés al tanto de todo!

-¿Alegrarme? ¡Estoy absolutamente abochornada! Me parece una opinión criminal...

-Caramba, no sabía que tuvieras unas ideas tan... radicales... respecto del tema en cuestión.

-Radical es calificar un libro de pestilente...

Zacarías le miró con cara extrañada durante unos buenos segundos. Después de un instante de súbita comprensión su expresión volvió a ser tan extraordinariamente risueña como siempre, y después rompió a reír con carcajadas profundas y pausadas, e incluso alguna lagrimilla asomó a sus ojos.

Marianella que no daba crédito al comportamiento del académico, exigió explicaciones, y éste, una vez se hubo repuesto de su acceso de risa, se las dio.

Ahora bien, tanto mi editor como mi marido me recomiendan que estas explicaciones queden aparcadas para ser narradas en un momento más conveniente de la historia, así que amigos lectores, deberán aguardar unas pocas páginas más para conocer la exacta dimensión del estropicio que se avecina.

\*\*\*\*\*

Minutos más tarde Patrizia y Francesca conversaban animadamente cuando se acercó a ellas la condesa, que saludó afectuosamente a ambas. Primero felicitó a Francesca por su nuevo libro y le deseó el mayor de los éxitos, lo cual, según explicó pícaramente, también le convenía a ella, dado que su difunto marido había sido uno de los principales accionistas de la editorial,

situación que ella en condición de viuda, había heredado. Después se entretuvo en hablar particularmente con Patrizia.

-Ah, Patrizia, he de decirle que su hermano resulta una persona encantadora.

La interpelación tomó a Patrizia completamente desprevenida. No sabía a santo de qué había salido su hermano a colación en aquella reunión, pero después se dijo que el mundo es un pañuelo y a saber por qué extraños motivos su hermano conocía a la condesa de Motta San Giovanni.

Asintió, no obstante, complacida por el elogio.

-Sí, como le digo una persona encantadora. Congeniamos magníficamente, además me parece que tiene un saber estar de caballero que me ha impresionado.

De nuevo asintió Patrizia complacida por los cumplidos de la condesa, aunque igualmente sorprendida por las cualidades de su hermano.

-Le diré, además, - dijo por último la aristócrata, - que su hermano está demostrando mucho interés por mi persona... a ver si resulta que un día de estos vamos a ser familia, - bromeó finalmente mientras se despedía de Patrizia con una cálida sonrisa.

Francesca iba a retomar la conversación con Patrizia, pero observó que

ésta parecía trastocada. Le hablaba, pero diría que su amiga no oía ni veía nada.

-Disculpa, tengo que llamar, - musitó finalmente Patrizia saliendo inesperadamente de su mutismo, y se alejó a una zona apartada donde efectuó una llamada telefónica.

-Mamá.... Sí, soy yo... Verás este es un asunto urgente. Se trata de Fabio.

-.....

-No, no ha hecho nada malo... o bueno, tal vez sí. Vamos a ver. Siempre te dije que había que tener al chico atado en corto, que no era bueno ser tan liberal en su educación...

-....

-Sí, mamá, yo sé que Fabio es un buen chico, que ayuda en la parroquia a los necesitados y demás... pero....

-....

-Sí, que saca muy buenas notas...

-....

-...y que tiene diecisiete años y es mayorcito y responsable...

-.....

- Pero joder, mamá, déjame explicarte. Creo que está a punto de hacer una locura. Según entiendo mantiene una relación con una mujer que le duplica la edad... qué digo que le duplica... ¡que le triplica si me descuido!

-.... (se oye algo así como una voz aguda de mujer con un volumen elevado).

-Es lo que trato de explicarte. Acabo de conocer a la condesa de Motta San Giovanni... y me ha hablado que está en muy buenas relaciones con él... y subrayo especialmente lo de *en muy buenas relaciones*... a saber qué quiere decir eso en una mujerona como ella.

-.... (la voz aguda emite breves gritos agudos, claramente audibles)

-Y yo que sé mamá. Internet, redes sociales, alguna noche que sale con los amigos y regresa de amanecida...

-... (la voz aguda suelta una larga perorata, con muchos altibajos en el tono)

-Sí, es verdad que a él no le gusta salir de juerga y estudia mucho, lo sé. Pues coño, mamá, algo tendrás que hacer pero está claro que tu hijo te la está dando con queso. Parece un santurrón, pues sí, lo parece... pero ya ves, tiene una doble vida del tamaño de un rascacielos. Lo que te digo, tú verás lo que haces, pero yo lo tendría más atado en corto.

-... (se oye una voz aguda gritando; ¡Fabio ven aquíiiii! ¡Ya!)

\*\*\*\*\*

David se sentía eufórico. Diría que era poseedor de una mano de póquer con cuatro ases y un comodín. Ahora entendía bien la jugada del veterano editor. Había asustado al viejo Don Paolo, tanto que éste había intentado cancelar la presentación del libro y evitar la compra de las fotos comprometedoras. Pero él había sido lo suficientemente hábil para impedir la retirada estratégica del editor y lo había acorralado con la opción de publicar su pequeña obra erótica. Sabía que ese era un género en el que cualquier pluma capaz de relatar situaciones escabrosas tenía ya unas cuantas papeletas para triunfar... y él, en cuanto a ese tipo de situaciones en particular, iba muy bien servido. Y Francesca era la niña de los ojos de Don Paolo... no dejaría que una *revistucha* de mala muerte mancillara su nombre.

Allí estaba el finolis, un paparazzi con el que solía tratar asuntos espinosos. Le rogó que se apartara un poco del reportero pelirrojo con el que siempre solía alternar a fin de hablar confidencialmente. Era su mejor baza. Bien era cierto que había exagerado con Don Paolo la relevancia de las fotografías eróticas que tenía junto con Francesca, pero a cada jugador de la

partida había que transmitir señales distintas.

-¿Qué tal Lucio? – Saludó brevemente. - ¿Tenemos alguna novedad en relación al precio de las fotografías?

-¿Las de Francesca ... contigo?

David asintió impertérrito.

-El jefe dice que treinta mil euros ni de coña. Trescientos euros y le debes un favor.

David asintió y se despidió. No le interesaba que le vieran que tenía tratos con aquel fotógrafo de la prensa amarilla. Lástima que le dieran tan poca cosa por esas fotos. Confiaba más, no obstante, en apretar los tornillos a Don Paolo.

Lo cierto es que también había exagerado ampliamente a Don Paolo el dinero que la prensa amarilla estaba dispuesto a darle por esas fotografías. Con la condesa sería harina de otro costal. Ya se ocuparía el personalmente de que todo quedara bien documentado.

Sea como fuere la cosa, se sentía exultante pensando en su futuro como escritor, y cuando descubrió a Patrizia, esbelta y sensual, hablando por teléfono en una zona apartada del jardín, le entró un deseo incontenible de poseerla. Aguardó a que terminara de hablar por teléfono para tomarla de la



mano e instarla a que le siguiera. Sabía por experiencia que había varios despachos desocupados en la segunda planta del *palazzo*. Patrizia no parecía estar de buen humor, pero David sabía cómo jugar con ella. Bastaba con insinuar que interpretaba su rechazo puntual como algo mucho más profundo y del mayor significado... y entonces Patrizia caía en sus brazos incapaz de decir que no... y así sucedió. Subieron las amplias escaleras que conducían a los pisos superiores y ya en los últimos escalones la chica se había contagiado de su espíritu sensual y reía alocadamente cada una de sus ocurrencias.

Hicieron el amor frenética y salvajemente en la primera estancia que encontraron, una oficina llena de archivadores y un par de mesas de trabajo, mientras desde una de las ventanas, David observaba, de refilón, a la gente de la recepción tomando canapés y copas.

Patrizia musitaba palabras entrecortadas recordando que debían estar a punto de avisar a los invitados que pasaran a las salas donde se desarrollaría la cena de gala, pero lejos de aplacar a David, sus objeciones parecían excitarlo más.

En pocos minutos finalizó el arrebató sexual y ambos se apartaron el uno del otro a fin de reponer sus ropas a su estado normal. Patrizia con la incómoda sensación de haber sido utilizada, y David satisfecho de cumplir con su virilidad.

Lo que ignoraban ambos era que una tercera persona había sido testigo de su desenfreno.

La condesa, indignada y llena de estupor, con la cara arrebolada por lo recientemente descubierto, bajó tan rápidamente como pudo la escalera a fin de reincorporarse a algún corrillo de tertuliantes. Deseaba desahogarse con alguien... pero no sabía con quién. Aquello le rebosaba el pecho de tal manera que le parecía que iba a estallar si no lo contaba.

Llegó a la planta baja justo cuando un maître avisaba a los invitados que había llegado el momento de iniciar el banquete y les rogaba tomaran asiento en las plazas indicadas.

\*\*\*\*\*

Cuando Filippo descubrió que Marianella no se hallaba dónde esperaba encontrarla se inquietó.

Sintió de pronto sobre sus hombros toda la responsabilidad de cuanto estaba haciendo y empezó a ponerse nervioso. No obstante, el buen sabor de boca de la partida de póquer reciente le permitió recobrar de nuevo la templanza de ánimo. Esperaría unos momentos, paseando arriba y abajo por el

pasillo. No había nada malo en ello, de la misma manera que algunos operadores o camareros, incluso invitados, iban y venían de la cocina al jardín, o del jardín a los baños, según fuera el caso.

En ese paseo tranquilo en el que Filippo de vez en cuando silbaba, contento de sí mismo y anticipando la satisfacción con la que iba a premiar a Marianella, su vista se topó de pronto con algo que le llamó la atención. En una discreta papelera de rejilla al inicio del pasillo, parecía que había una revista porno.

El consumo de aquel tipo de revistas era algo que Marianella le tenía absolutamente prohibido. Él, antes de conocerla, era un adicto a esos productos, y tan pronto Marianella lo descubrió, le obligó a tomar una decisión, o el porno o ella. Marianella nunca sospechó la envergadura de la dificultad a la que sometió a su consorte.

De pronto la posibilidad de echar una canita al aire le pareció una idea divertida a este nuevo Filippo, tan seguro de sí. La imagen de la portada resultaba extremadamente sensual, y sin pensárselo dos veces la sacó de la papelera, y regresando a la parte más profunda del pasillo, decidió echar un vistazo.

Pero cuando abrió la revista en busca de su contenido más truculento se encontró exclamando; “¡pero si no tiene fotos!”. Contrariado regresó a la

imagen de portada. “Amor calenturiento”, leyó con fastidio mientras consideraba que a él no le gustaba leer.

Decidió retornarla a su lugar de origen, esto es, la susodicha papelería.

Y ya estaba a punto de desembarazarse del cuaderno en cuestión cuando de pronto una luminosa idea lo deslumbró. Comparó el cuaderno “Amor calenturiento” con el libretto de Francesca, y comprobó que ambos estaban impresos en papel A4 y estaban encuadernados con anilla metálica. ¿Qué pasaría si intercambiaba las portadas? Ya no sería tan problemático salir del *palazzo* llevando el cuaderno en la mano, porque obviamente no se trataba de la obra de Francesca que tarde o temprano todo el mundo echaría en falta. Y por otro lado si se encontraba el libro de Francesca en una papelería, realmente no estarían encontrando el libro de Francesca, sino aquel fraude de revista porno.

Filippo se hinchó de orgullo. Marianella se quedaría asombrada de su buen hacer. Arrancó las dos portadas sin pensárselo dos veces y después las encasilló en los cuadernos intercambiados a fin de que no se notara apenas que se trataban de hojas arrancadas. Depositó el libro de Amor calenturiento con la portada del libro de Francesca en la papelería, y él se quedó con el manuscrito original de Francesca camuflado con la portada de Amor calenturiento.

¡Qué brillante era Filippo Binvanti!

Pensó en poner su cara de póker... pero se sentía tan feliz que era imposible borrar la sonrisa de su boca.

\*\*\*\*\*

Don Paolo nunca se había sentido tan inseguro en la presentación de una primicia literaria. Generalmente eran actos un tanto burocráticos y aburridos. Todos alababan la obra en cuestión y los discursos al final siempre resultaban un tanto insulsos. Después llegaba la ineludible firma de libros... Faltaba mordiente.

En esta ocasión Don Paolo había intentado hacer algo diferente. Por supuesto que llegado el momento se haría la presentación del libro, con su correspondiente repercusión en medios de comunicación y revistas de literatura pertinentes... pero ahora iban a hacer algo distinto, mucho más sencillo, pero que serviría para facilitar una doble cobertura al lanzamiento del libro. Era la presentación de la obra que iba a ser publicada. Una forma de decir al mundo académico y literato, “señores, tenemos una bomba, un nuevo *bestseller* de una escritora que es un verdadero hallazgo, así que prepárense que en dos o tres meses podrán disfrutar de su interesante lectura”. Si el acto

en cuestión contaba con la abundante presencia de personalidades de distintos ámbitos y eran agasajadas con una espléndida cena en uno de esos románticos *palazzos* de Roma... ¿no era acaso un plan promocional excelente?

Jamás se le había pasado por la cabeza que a una idea tan sencilla y tan poco arriesgada pudiera surgir ningún tipo de contrapartida negativa. Para empezar, ni siquiera se iban a dar copias del libro. No podría aparecer ningún crítico deseoso de ser más listo que nadie, descubriendo errores o aspectos inacabados de la obra que tal vez la “editorial debería haber tenido en cuenta”. Los críticos estaban allí, citados, pero todos se quedarían con la miel en los labios y el estómago lleno... y ya se sabe. Don Paolo siempre se decía que no hay un crítico más agradecido que uno al que le hayas llenado la panza.

Y de pronto se presentaba esa mujer, la Donna, amenazándolo para que abortara su inocente acción promocional como si fuera un acto criminal. Y David le había vuelto a insistir que ya le había facilitado su libreto a Pietro, dando por hecho que no se presentaría el libro de Francesca. Era obvio que ambos elementos estaban actuando coordinadamente. Uno más uno son dos. Pero por nada del mundo iba a ceder a las pretensiones de esos facinerosos.

Pero el tiempo se acababa. Los convidados acudían a sentarse a sus respectivas mesas. Después de la cena de gala tendría lugar la presentación de la obra a cargo de la catedrática Elizabetta Passani, la única persona ajena a

la editorial que había tenido acceso a la obra, y que según le había comentado en privado, estaba encantada con la misma.

Afortunadamente “el prisas” ya estaba tras los delincuentes. Antes de que terminara la cena a buen seguro que los había ahuyentado definitivamente.

La cena iba a empezar. Ave Caesar, morituri te salutant, pensó con ánimo enérgico Don Paolo.

# **MOVIMIENTO III**

*Vivacissimamente, presto agitato*



Don Paolo se dirigió a la mesa principal. Allí compartiría cubierto con las personalidades principales asistentes junto con accionistas importantes de la editorial. Además, el ministro le había insistido en que aquella horrible arpía, la Donna, se sentara junto a él, lo cual obligó a redistribuir los cubiertos y ajustar un poco los espacios. Afortunadamente la mesa era suficientemente grande como para acoger a todos los convidados.

Don Paolo, a su izquierda, lindaba con la condesa del Motta San Giovanni y a una señora anciana de pelo cano y ensortijado, - que por cierto, ya vimos al inicio de este relato felicitar a Francesca-, ambas accionistas de relieve en la editorial. Más allá encontramos a Francesca y Pietro. A su diestra, Don Paolo contaba con la presencia del insigne ministro, y un poco más allá, la donna, la cual no hacía sino aderezar con comentarios picantes la

conversación que mantenía con el ministro. Por el otro lado de la mujer de rojo ocupaba asiento la académica que iba a proceder a realizar la presentación del libro, que ya se había enredado en una animada conversación con la escritora y Pietro.

Al menos éste se lo está pasando en grande, pensó Don Paolo fijándose en el ministro, que no cesaba de reír las ocurrencias de su acompañante femenina, a la cual había conducido del brazo hasta la mesa. Don Paolo sentía que no tenía todo el control de la situación y eso le incomodaba en exceso. Ya se habían asentado todos los comensales cuando sucedió algo que lo alegró sobremanera. Giulio Garibaldi se había aproximado a su mesa. Mal vestido, la mirada vidriosa, seguramente ya había ingerido más alcohol del que debería, y con unos modales pésimos, Don Paolo supo reconocer en aquellos gestos torpes y faltos de toda caballerosidad, el buen hacer de un artista.

-Buenas noches a todos. Verán, he sido invitado a esta cena... Me presento... soy inspector de policía...Giulio Garibaldi... bueno, no exactamente inspector... también puede decirse que soy subinspector...

El ministro dirigió una mirada furibunda a Don Paolo, instándole a que recolocara a aquel elemento en cualquier otro sitio del banquete. Pero al editor aún le escocían las palabras del político y no estaba para contemplaciones. Además, Giulio no había esperado ningún consentimiento de

nadie. Tomó una otomana, que estaba arrimada en una pared y la acercó a la mesa. La colocó justo entre la mujer de rojo y el ministro. Don Paolo sintió que un enorme regocijo lo embargaba, pero lo disimuló bajo un rictus severo. Con la mano llamó la atención a uno de los maîtres cercanos.

-Por favor, el caballero necesitará un servicio de cubierto.

El ministro carraspeó indignado. ¿Le iban a sabotear su hasta entonces fantástica velada?

-Y usted, ¿de qué es inspector o subinspector exactamente... señor Garibaldi? No ha quedado clara del todo su presentación, - se dirigió con mirada de mala uva al agente y tono intimidatorio, dispuesto a tomar buena nota de quien osaba fastidiarle la noche.

-Es sencillo. Soy subinspector en base a concurso de méritos desde hace una década... más o menos, claro... como funcionario de la policía metropolitana de Roma.

-Subinspector entonces... - sentenció el ministro, pensando que ya tenía toda la información necesaria.

-No, en absoluto. Sucede que después gané la plaza...

En este punto es conveniente que la redactora del relato omita los siguientes largos y farragosos minutos de conversación y acudamos al punto en

el que el señor ministro se hizo una justa medida de cuál era la ocupación exacta de nuestro interesante inspector... o subinspector... Agente.

Como comprenderán el estado de ánimo del ministro cuando se sirvió el primer aperitivo no era precisamente alegre. La conversación avanzaba a trompicones en la mesa. Don Paolo, que se sentía de buen humor, lanzaba algún comentario a fin de abrir cualquier género de debate, disfrutando de la frustración del ministro y del hecho de que la Donna estaba completamente anulada por el inspector, que no cesaba de hablar con ella al parecer sobre siniestros casos criminales.

Don Paolo hizo un esfuerzo por animar a los dos comensales con los que lindaba.

-Señor ministro, no sé si tiene el gusto de conocer a la marquesa de Motta San Giovanni, una de nuestras principales accionistas.

El ministro hizo un gesto de salutación.

-¿Motta San Giovanni? ¿Dónde queda eso exactamente?

-En el sur de la península itálica, señor ministro, justo en la punta de la bota. Un lugar precioso y encantador, al menos para mi difunto marido, que siempre estuvo enamorado de aquellos valles... tanto que nunca hubo manera de que hiciéramos un maldito viaje, ni siquiera para ver otras propiedades dispersas por el país.

Y ahí pareció morir el conato de conversación. Don Paolo observó el escaso esfuerzo de la condesa por participar en cualquier género de charla. Contrastaba con el interés que había mostrado desde el principio con la idea de la velada, que la había entusiasmado. Decidió sondear si el ánimo de la condesa se mantenía intacto.

-Y usted, condesa, ¿cómo está viendo el acto? – Preguntó con toda inocencia y en un aparte Don Paolo a su vecina.

-Si yo le contara, Don Paolo, si yo le contara. Me encuentro verdaderamente abochornada.

Don Paolo se quedó de piedra. Observó el semblante rígido de la condesa y su expresión de indignación. Una de las principales accionistas de la editorial parecía completamente disgustada. ¿Estaría su puesto al frente de la editorial al borde del abismo? ¿Pero cómo podía salir un evento simple como el que les ocupaba tan rematadamente mal? ¿En qué estaba pensando cuando se le ocurrió que ese acto sería una manera brillante de iniciar la campaña de publicidad del libro de Francesca?

Decidió callar. Ya abordaría los temas polémicos en privado con la condesa. Pero su corazón parecía latir a ritmo de samba. “Ya está aquí la dichosa arritmia”, pensó compungido Don Paolo.

\*\*\*\*\*

Don Paolo comprendía que un nuevo frente se había abierto en aquella extraña noche repleta de sobresaltos. Desconocía por completo la causa del disgusto de la condesa de Motta San Giovanni, pero se temía que si abordaba la cuestión abiertamente el resultado de la conversación fuera funesto. Era conveniente dejar que las aguas se apaciguaran antes de abordar ninguna cuestión espinosa. Todo lo cual le producía una gran desazón... aparte de una incómoda opresión en el pecho.

Miró al agente Giulio. Él era su única esperanza. Sabía cómo se las gastaba y prefería no estar muy cerca de él cuando resolviera el “asunto”. De momento el agente se había tomado varias copas de champán y el plato de comida permanecía intacto. Su semblante se animaba por el influjo del alcohol, pero la sonrisa tenía un rictus de apatía y desencanto. Acaparaba la conversación de la Donna, que parecía seguirle el juego con interés y a menudo reía las gracias del policía, que en cualquier caso, parecía hablar con una indiferencia absoluta, tanto por la mujer que tenía a su lado, por la conversación en particular, y por la vida en general.

Sin embargo, en un momento determinado, durante el sorbete servido entre los platos principales, sucedió algo inaudito. La Donna susurró algo al oído de

Giulio, este sonrió por primera vez verdaderamente. Después de unos segundos de silencio, le susurró algo al oído del ministro, que se quedó con el bocado a mitad de camino de su recorrido hacia la boca. Finalmente se repuso, dejó el cubierto en el plato y le susurró algo a su vez al agente que finalmente, cuchicheó con la Donna. Don Paolo se sintió escandalizado. ¿Nadie más en la mesa había visto aquel tejemaneje?

Pero la condesa hablaba con la ancianita de pelo rizado y diadema de brillantes. Y Pietro, Francesca y la académica mantenían una viva conversación, a todas luces sobre el libro de Francesca.

Poco después el ministro se atusaba el bigote y murmuraba una disculpa para acudir al lavabo. No pasó ni medio minuto sin que la Donna hiciera otro tanto. Ningún otro comensal, salvo Don Paolo, pareció reparar en lo ocurrido.

Y mientras Don Paolo consideraba si debía o no advertir al ministro, Giulio Garibaldi le hizo un guiño. Más bien fue un intento, porque dado lo achispado que estaba, casi pareció que guiñaba los dos ojos. Pero por si Don Paolo tenía alguna duda, el agente murmuró algo que no llegó a los oídos del editor, pero que la interpretación de los labios, no dejaba lugar a dudas.

“Don Paolo, tranquilo, todo arreglado.”

De pronto Don Paolo observó a uno de los músicos, el chelista, si no recordaba mal, corriendo de un extremo de la sala a la otra. Había

desesperación en su semblante... o tal vez fuera ira, y miraba una a una todas las mesas de invitados como si esperase descubrir a un terrorista oculto debajo de un mantel. Finalmente acabó desapareciendo tras la gran puerta que daba al atrio.

Don Paolo suspiró mientras hacía una breve consideración sobre cómo el caos gobierna nuestras vidas.

\*\*\*\*\*

Filippo se sentó junto con Marianella en la sala Arazzi. Los comensales con los que compartían mesa le resultaban por completo desconocidos, pero su buen humor le vaticinaba que iba a ser una cena memorable. Tenía buen apetito, ganas de bromear y todo había salido a pedir de boca. ¿Qué más se podía decir?

Aún no había tenido ocasión de recibir la felicitación por parte de Marianella. Era difícil meter baza en una conversación con ella cuando se encontraba presa de un estado de frenesí como el que parecía poseerla esa noche. Hablaba por los codos con colegas de profesión que seguramente conocía de toda la vida. Filippo, el Filippo de otras ocasiones, se habría sentido desplazado. Pero el nuevo Filippo, ese capaz de desplumar con un



farol a sus colegas del póquer, ese capaz de sustraer un valioso manuscrito con la sangre fría y elegancia de un profesional, se deleitaba en el placer del descubrimiento de sus nuevas cualidades.

Cuando ya se había despachado el primer plato Marianella tuvo a bien comunicar a Filippo el estado de la cuestión.

-Filippo, querido mío... el asunto que te trajo aquí... es de lo más hilarante que te puedas imaginar.

-¿Hilarante? – Preguntó Filippo desorientado.

-Que es para mearse de risa... -explicó Marianella por lo bajo, recordando que la cultura y el vocabulario no eran las cualidades que en su día le habían llevado a enamorarla de aquel buen hombre.

- Comprendo, - dijo Filippo, aunque no comprendía en absoluto qué tenía qué de gracioso.

-Verás... hablé con Zacarías Lombardi, que es el asesor literario de la editorial de Francesca. Me explicó por qué consideraba que el libro de nuestra amiga apestaba.

-¿Por?

-Porque su gata, que se llama Zaratustra, se meó encima. Al parecer es un animal muy engreído y caprichoso, y como le cambió la dieta hace poco, ella

le hace la puñeta de vez en cuando. Y mira que el orín de gato es una cosa pestilente. Resulta que el libro le pareció formidable y revolucionario, es picante, desde el punto de vista intelectual, claro. Tiene mucha fuerza y va a traer cola.

-Me alegro.

-Así que podemos quedarnos tranquilos y contentos. Es para celebrarlo, - dijo Marianella mientras tomaba su copa de vino blanco y le instaba a Filippo a brindar, lo cual hizo él lo más galantemente que su nueva personalidad le dio a entender.

Sin embargo, una vez vació la copa y la colocó exquisitamente sobre la mesa, se quedó mirándola pensativamente. Aún así, teniendo en cuenta el final feliz de la historia que tanta alegría proporcionaba a su consorte, había algo ahora que no terminaba de cuadrar. Quería expresar sus dudas a Marianella, pero ésta ya se había enfrascado en otra agitada discusión intelectual con sus sesudos compañeros de mesa.

\*\*\*\*\*

El ministro aguardaba al pie de las escaleras que conducían a la planta alta

la llegada de la voluptuosa mujer de rojo. Ambos se sonrieron mientras emprendían el camino hacia la planta de arriba. El ministro aprovechó para ir haciendo una llamada.

-Sí, señor ministro, - repuso con claridad una voz joven de varón al otro lado de la línea.

-Salvatore, quiero que tomes nota de un nombre. Giulio Garibaldi.

-Giulio Garibaldi... hecho señor.

-Bien, mañana a primera hora llamas a nuestros colegas de Interior. Que te pongan con un alto mando de los Carabinieri, el secretario Vanni, y le dices que quiero que traslade al susodicho agente al quinto pino...

-¿Al quinto pino, señor?

-Al quinto pino.

-¿Y dónde viene a quedar eso... una referencia? – preguntó la voz tímidamente viendo que su jefe estaba enfadado.

El ministro se quedó pensando unos segundos, detenido en el rellano de la escalera. Después llegó una súbita inspiración.

-El quinto pino está en un sitio llamado Motta San Giovanni.

Y colgó con una amplia sonrisa en la boca.

-Qué malvado es usted señor ministro... - dijo con una sonrisa de complicidad la Donna mientras alargaba una mano en su dirección.

Pero el ministro tomó la mano y la deslizó hacia la cintura de la mujer. Y mientras subían los últimos escalones la llevó más debajo de la cadera, sobando las curvas de la mujer, que parecía disfrutar con aquellas caricias.

-Vamos, juguetón, - le dijo coquetamente mientras se introducían en un cuarto oscuro.

En este punto dejamos de ver qué es lo que sucede exactamente, pero sí podemos oír jadeos, suspiros, el sonido de la ropa que se quita y se desliza hasta el suelo o es arrojada lejos de uno mismo. Finalmente, una exclamación.

- ¡Coño! – grita el ministro.

-Bueno... coño, exactamente, no, - replica la Donna con voz que ahora ya no nos parece tan femenina.

\*\*\*\*\*

Anastasia subía las escaleras despavorida. Aquel loco la había descubierto.

Había logrado pasar la mayor parte de la recepción escondida entre los

carros de la empresa de catering, verificando que la sala de conferencias estaba perfectamente dispuesta en cuanto a distribución de sillas, iluminación y sonido... siempre alejada en la medida de lo posible del bullicio del jardín, que era donde sospechaba le buscaría aquel lunático.

Pero cuando llegó la hora de la cena todo el mundo tomó asiento en su mesa. Anastasia reparó con horror que el músico iba de un salón a otro verificando los presentes en cada mesa. Estaba haciendo un seguimiento meticuloso a fin de dar con ella.

Anastasia era una chica menuda, de rasgos agradables todo lo más, y voz delicada. Odiaba la confrontación y una discusión para ella resultaba algo insoportable. La sola idea de tropezarse con aquel hombre poseído por la rabia le atenazaba.

Pero también era muy tímida. La posibilidad de ponerse en medio de toda la cena y gritar que necesitaba ayuda... le resultaba insufrible. ¿Cómo llegar al policía sin que le interceptará aquel individuo, sádico y loco?

Y cuando menos se lo esperaba, sus miradas se tropezaron. La había descubierto.

Estaba en el atrio de las escaleras. Echó a correr escaleras arriba mientras se cruzaba con una pareja que bajaba precipitadamente. Una mujer de vestido rojo bajaba apresuradamente las escaleras, con expresión indescifrable, y

detrás un hombre, con cara de pocos amigos que se abrochaba el cinturón del pantalón con premura.

Iba a pedirles ayuda, pero al reparar que era nada más ni nada menos que el ministro se sintió cohibida. No quería arruinar la noche a Don Paolo. En lo que tardaba en decidirse ambas figuras habían desaparecido de escena.

Soltó un grito y continuó su huida. Cuando llegó a la primera planta un largo pasillo daba a multitud de habitaciones cerradas. Corrió hasta el final y se introdujo en el último de los cuartos. Una habitación destinada al uso de almacén, según pudo observar. Una serie de estanterías metálicas ocupaban todas las paredes y estaban llenas de los más diversos elementos. Desde productos de limpieza hasta material de oficina, como cajas de folios o repuestos de grapas.

Se acurrucó en la esquina más alejada de la puerta.

Unos pasos sonaron a lo largo del pasillo.

Se oyó una respiración jadeante.

De pronto la puerta de la habitación se entornó lentamente, y allí, a la contraluz de la luna, se delineó la silueta de un hombre vestido con smoking, de pelo ensortijado y revuelto... (y gracias a Dios que no vemos sus ojos furibundos).

\*\*\*\*\*

Finalizada la cena el inspector... el subinspector... ¡demonios! , el agente Giulio Garibaldi, se dirigió a Don Paolo a fin de dar cuentas de su gestión. Al parecer tenía mucho que contar.

-Se habrá fijado, señor Lampedusa, que a partir de determinado momento de la velada el ambiente se enrareció extraordinariamente...

Por supuesto que Don Paolo se había dado cuenta de que tras la sospechosa ausencia de la Donna y el ministro, a su regreso, el semblante de ambos había cambiado notablemente, sobre todo el del ministro, que no dijo ni mu durante el resto de la cena. Don Paolo intuía que si no fuera por el hecho de que estaba obligado a pronunciar unas palabras en la presentación, huiría de allí como alma que lleva el diablo. Bien sabía además cuál podía ser la razón.

-La Donna es una vieja conocida de la policía metropolitana, Don Paolo,- informó Giulio.

-Ah sí.... -comentó el editor, que no sabía si le agradaba que la policía conociera el modus operandi de aquella “mujer”.

-Sí, sabemos que seduce a hombres acaudalados o de buena posición... y una vez desnudos, se muestra tal y como es...

Don Paolo asintió. Un recuerdo vergonzoso tiñó su semblante de rojo.

-Es entonces, en ese momento de desconcierto, cuando el sujeto se hace con una prenda de su víctima, preferiblemente los calzoncillos.

Don Paolo asiente abochornado.

-Es una forma de tener a su víctima cogida por... cogida. Y después sobreviene el chantaje... que según me han contado puede ser de la más diversa índole. No es una criminal que busca dinero, sino diversión... una *picarueta*, me entiende.

Don Paolo entendía.

-Conocerá a alguna de sus víctimas... cuando este turbio asunto sale a la luz pública... ya sabe como son los paparazzi...

Don Paolo asintió nervioso. Recordaba con cuanto apetito los programas rosa de la televisión se cebaban en ese tipo de escarnios. Después de acabar con uno, la reputación propia no servía ni para paño de cocina.

-La Donna, cuando no es la Donna, es un camionero que transporta hortalizas del sur a Génova,- informó Giulio.- Me imagino que se despachará a gusto con sus colegas de ruta, - explicó el policía. - El caso es que tiene a



mucha gente bien pillada, usted me entiende... y no es cuestión de enchironarla. Así que tuve que tirar de mi experiencia. –El inspector mantenía su semblante imperturbable, como si estuviera contando la anécdota más aburrida del mundo.- En nuestra conversación de la cena le propuse a la señorita un intercambio de rehenes.

-¿Un intercambio de rehenes? – Esta vez Giulio Garibaldi sí que logró sorprender a Don Paolo.

-Sí. Era obvio cuál iba a ser su próxima víctima, el ministro. Yo le propuse que no sabotearía su operación advirtiéndole al ministro sobre su condición a cambio de que me entregara sus... calzones.

-O sea... que usted le ha prometido facilitarle los calzoncillos del ministro a cambio de que le entregue los míos.

-¡*Equilicúa!* Mañana recibirá un paquetito en su domicilio, señor Lampedusa.

Don Paolo suspiró. Parecía que todo se había arreglado en el último minuto. Aquel hombre tan falto de vigor y energía siempre le sorprendía.

\*\*\*\*\*

Los invitados empezaron a pasar al *salone per conferenze* a instancias del personal de la organización. Amplia y reluciente, tal vez podría decirse

incluso que adolecía de un exceso de iluminación y suntuosidad. Cortinajes blancos como la nieve adornaban los ventanales de diseño rococó. Las paredes forradas con papel pintado con flores de lis, las lámparas de lágrimas con mil bombillas fogosas relumbrando, las sillas estilo Luis XVI perfectamente dispuestas... todo resultaba magnífico y realzado. Una pequeña tribuna con un atril y micrófono, y junto a estos un soporte vertical que mostraba la portada del libro de Francesca, encabezaban el escenario de la sala.

El público había ido tomando asiento... y en esta ocasión vamos a fijarnos en Massimo, el crítico literario pelirrojo que se sienta solo en mitad de una hilera. Mira hacia un lado y mira hacia otro. En su fuero interno no desea otra cosa sino ver cumplida la promesa de la mujer de rojo, de seguir la conversación iniciada una hora atrás, pero no la ve por ninguna parte.

Decepcionado debe conformarse con la llegada de su amigo el fotógrafo, Lucio, alias el finolis.

-¿Qué tal? ¿Dónde te habías metido? – preguntó el crítico.

-He ido a ver si he pescado algo.

-¿Pescado?

-Sí... ¿recuerdas que al principio de la velada te dije que conozco bien como funcionan estas fiestas de alto copete? Llevo años cubriendo este tipo de

eventos, y sé por la experiencia que siempre alguna pareja la lía parda... me entiendes.

Massimo asintió pensativo. Bien que le gustaría a él liarla parda alguna vez... para variar.

-Así que dejé una cámara especial oculta en un cuarto del *palazzo* que no está en uso. Ya sabes, cámara de visión nocturna que se activa por movimiento, ideal para captar a la típica pareja de amantes que decide tener un encuentro furtivo.

-Y... ¿qué tal ha ido la cosa?

Lucio el finolis enarcó las cejas y su semblante se iluminó.

-Creo que he tenido suerte. Sospecho que tengo unas fotos muy muy comprometidas... - comentó gozoso el reportero, finalizando su comentario con una risilla aguda y vampiresca.

A Massimo también se le iluminó el semblante.

No sucedió así con Patrizia, que sentada un par de filas por delante, había oído toda la conversación. Su semblante había quedado por completo descompuesto.

\*\*\*\*\*

Patrizia no sabía qué hacer ni con quién hablar. Las palabras del fotógrafo resonaban una y otra vez en su cabeza. “Mira que no me apetecía nada hacerlo con David... ese truhan me volvió a engatusar y... ¡chica! en qué lío estás metida”. A Patrizia siempre le había preocupado extraordinariamente lo que la gente pensaba o decía de ella, así que es fácil imaginar la desazón que le producía imaginar sus fotos yendo de *whatsup* en *whatsup* o convirtiéndose en el video viral de la semana.

¿Con quién podía desahogarse? ¿Había algo que se pudiera hacer? Vio a Francesca sentada en primera fila, y como todavía estaba llegando la gente de las salas donde se había desarrollado la cena, pensó en aprovechar los escasos minutos que faltaban para el inicio del acto para hablar con ella y confesarle su angustia.

-¿Qué sucede Patrizia? Tienes cara preocupada, - le inquirió su amiga conforme Patrizia se sentaba junto a ella con aire de conspiración.

Patrizia sacudió la cabeza. No sabía por dónde empezar.

-No te puedes ni imaginar lo que acabo de oír, chica.

Francesca la miró intrigada.

-Al parecer ese fotógrafo que siempre está con Massimo...

-Sí, el finolis, lo conozco.

-El muy hijo de su madre ha puesto una cámara oculta en un cuarto que no se estaba utilizando con la esperanza de pillar a alguna pareja in fraganti...

Francesca la miró asombrada. ¿Había hecho realmente eso el fotógrafo?

-No me puedo creer que la gente aproveche una recepción como esta para... darse el lote...

Patrizia iba a ir a su asunto particular en cuestión, pero se quedó con la boca abierta sin poder decir palabra. No había caído en la cuenta que su relación con David era secreta. Nunca había querido decirle a Francesca que estaba con su expareja por varias razones. La primera porque David le sedujo prácticamente al día siguiente de romper con Francesca, aunque lanzarle los tejos se los había estado tirando desde el primer día que se conocieron, por muy pareja de Francesca que fuera. Y en segundo lugar, nunca había encontrado el momento de sincerarse con su amiga. Así que ahora no podía explicarle que el motivo de su preocupación era un polvo apresurado con su amante, David. Tuvo que concluir su explicación como mejor se le ocurrió.

-Pues sí... al parecer tiene unas fotos “muy muy comprometidas”.

Francesca no prestó demasiada atención a lo que decía Patrizia, pendiente como estaba de que los preparativos para la conferencia sobre su libro estuvieran a punto. Sin embargo, debía haber una neurona en su cerebro

activando insistentemente una alarma, y pese a que fue ignorada por sus compañeras neuronas, al final, visto lo pesada que se había puesto, debieron hacerle caso. Cuando la neurona en cuestión expuso sus motivos, no solo sus compañeras, sino el cuerpo enteró de Francesca se tensionó lleno de angustia.

La palabra “comprometidas” de repente adquiriría un significado pleno. Recordó la petición de mano de Pietro y como se habían besado... y no le costó mucho atar cabos. Era la ruina. Se imaginó los titulares; la escritora que presenta su libro con la teoría de la caducidad del matrimonio se compromete en boda el mismo día. No sólo sería un fiasco editorial. Sería la más completa decepción para Don Paolo y para toda aquella gente con la que tan arduamente había trabajado codo con codo. Por no hablar de Pietro, que se sentiría terriblemente culpable por las consecuencias. Y eso por no considerar que se convertiría en el hazmerreír académico de la temporada. Se sintió desolada.

-Perdón señoritas... - un señor con bigote, sentado también en primera fila, se había acercado a las amigas. - No he podido evitar escuchar parte de la conversación, pero... creo haber entendido que un fotógrafo presente en la recepción ha hecho fotos comprometedoras...?

Patrizia asintió

-Una cámara oculta, que se activa por movimiento, escondida en una

habitación fuera de uso del *palazzo*.

El hombre resopló.

-Desde luego es indignante...

-Lo mismo digo yo, – repuso Patrizia, que no sabía cómo desahogarse.

-Ya lo creo... - dijo con un hilo de voz Francesca, que se había quedado con la tensión por debajo de cero.

El señor del bigote se acomodó de nuevo en su asiento unos metros más allá. Su semblante cambiaba rápidamente de color. Del blanco al rojo y del rojo al blanco... conforme sus pensamientos derivaban en una dirección... o en otra.

Como se podrán imaginar, el señor del bigote es el señor ministro.

\*\*\*\*\*

Pietro llegó con una expresión extraña y se sentó junto a Francesca. Iba a cogerla de la mano, pero recordó de pronto que no eran pareja oficial ni nada parecido. Su amor era secreto y así debería seguir siéndolo una buena temporada.

Pero estaba tan confundido por lo que acababa de oír, sin género de duda alguna, que era incapaz de darse cuenta que el semblante de Francesca había palidecido, y que ella, habitualmente sonriente, especialmente cuando estaba nerviosa, estaba callada y seca como una escoba.

Fue ella la que acertó a preguntar algo, más que nada por si Pietro había oído o tenía alguna preocupación similar. Al menos si sabía algo podían compartir su angustia. ¿Sospecharía Pietro también que alguien había tomado fotos furtivas de su petición de mano?

-Bueno, sí, Francesca... es algo que he oído...

-Sí,... - interrogó Francesca, que tensionó su cuerpo y pareció despertar de su abatimiento. Miró intensamente a Pietro pensando que iba a confirmar lo que Patrizia le había revelado.

-Estaba yendo de un lado a otro, ya sabes con los preparativos...

-¿Qué pasó entonces?

Pietro se alegró de que Francesca se mostrara tan interesada. La verdad es que lo que había escuchado lo había dejado conmocionado y no sabía cómo encajarlo.

-Oí a Don Paolo...

“Dios mío, Don Paolo ya sabe el affaire de las fotos de compromiso”,



pensó Francesca mientras sentía que su estómago se convertía en una centrifugadora.

-... Sí, Don Paolo, ¿te lo puedes creer?

Francesca asintió compungida, las cejas arrugadas, la boca apretada, intentando evitar que sendas lágrimas escaparan de las comisuras de sus ojos.

-Y nada menos que con el inspector de policía... bueno, inspector,... el poli, - una media sonrisa asomó a sus labios.

“La policía ya ha tomado cartas en el asunto. Eso puede ser bueno... o puede ser malísimo... siempre las fotos de la policía acaban llegando a la prensa”. La mente de Francesca estaba en plena ebullición, pendiente de cada una de las palabras de Pietro.

-Bien, no pensaba comentarte nada, pero viendo el interés con el que te tomas esto, te lo cuento todo. Verás... creo que Don Paolo es fetichista.

-¿Fetique?

-Fetichista... Sí. Como lo oyes. Es fetichismo... de naturaleza sexual, seguro.

Francesca intentó que la expresión de sorpresa, sumada a la que mantenía anteriormente de compungimiento, no desembocara en una mueca horrible. Se recompuso. Suspiró, aunque no de alivio. Su interés por la conversación había

muerto.

Pietro aclaró aún más las cosas.

- ¿Y sabes a qué género de objeto rinde culto y colecciona?

Francesca sacudió la cabeza porque era incapaz de decir nada. Las emociones se habían agolpado en su pecho de tal manera que casi no podía ni respirar.

-Calzoncillos...

Pietro meneó la cabeza, incrédulo.

-Y lo que es peor... usados. ¿Te lo puedes creer?

Pero Francesca había desconectado. Se apoyó en su respaldo y dejó que la mirada se quedara fija en el vacío. Pietro la observó unos segundos.

-Te ha pasado como a mí, - comentó finalmente. - No me lo puedo creer. Siempre había puesto a Don Paolo en el pedestal más elevado. En fin... estaba haciendo gestiones para conseguir los calzones del ministro. ¡Imagínate lo mal que carbura el hombre!

\*\*\*\*\*

Pietro vio pasar a Anastasia frente a él y la interpeló. La necesitaba para un recado urgente, sin embargo, algo en ella le llamó la atención.

-Anastasia... ¿estás bien? Te noto... algo diferente.

Anastasia sonrió y se ajustó la montura de sus gafas de pasta amarilla. Le miró a Pietro con inusitada seguridad, lo cual sorprendió al ejecutivo, habida cuenta que la becaria siempre le había parecido una persona insegura, como por otro lado solía ser habitual entre los novatos.

-Nada... era para recordarte que hace falta el manuscrito para la conferencia. Creo que tienes la llave...

-No te preocupes, Pietro. Voy para allá como una bala. Enseguida se lo entrego a la catedrática Passani, descuida.

Y Anastasia giró sobre sus talones y se dirigió rápidamente a la sala *Princessa*. Sin embargo, se llevó una sorpresa cuando abrió el archivador y no encontró el manuscrito dónde esperaba hallarlo, pues era allí donde Zacarías le había indicado que había depositado la copia. Tal vez debería preocuparse más, pero se sentía en un estado de euforia donde una pequeñez como aquella poco podía importunarla. Decidió comunicar de inmediato el problema a Pietro y de nuevo se encaminó a la sala de conferencias.

Y de pronto, cuando transitaba por el pasillo que conducía al atrio donde convergen las salas principales del *palazzo*, reparó, que en una papelera de

rejilla, se encontraba, nada más ni nada menos, el ejemplar del libro de Francesca que estaba buscando.

¿Cómo había llegado esa copia hasta allí? ¿Por qué no estaba dónde debía? Tal vez eran preguntas en las que una profesional debería haber reparado, pero como decimos, Anastasia se encontraba en un estado de felicidad y libertad de espíritu que parecía estar flotando por encima de los problemas del mundanal ruido. Todo le parecía maravilloso, incluida esa portentosa casualidad. Así que ufana y satisfecha se encaminó a la sala de conferencias, donde la catedrática Elizabetta Passani aguardaba el ejemplar a fin de dar comienzo su disertación.

\*\*\*\*\*

El acto de presentación del libro había dado comienzo por fin.

Vamos a prescindir de las palabras de presentación, elogios, bienvenidas y demás parabienes que se despacharon unos a otros como prólogo de la presentación del libro de Francesca. Habló el ministro, habló Don Paolo, y hablaron unas cuantas personas más cuya enumeración en el presente relato solo serviría para agotar a la escritora y aburrir a los lectores, así que prescindiendo de descripciones tediosas y palabras hipócritas, nos centramos

en lo verdaderamente importante.

Tomó entonces la palabra la catedrática Elizabetta Passani.

Se trataba de una mujer delgada, de pelo corto de un color entre gris y canoso, que le confería un aire de sabiduría y saber estar. Lucía un sencillo vestido largo de color crema. Unos pendientes de perlas así como un collar a juego la adornaban con sencillez pero con mucho gusto.

-Amigos, es para mí un gran honor presentar el próximo libro de Francesca Albani, que lleva por título; El amor no es para tanto.- Una salva de aplausos dio la bienvenida al libro en cuestión. - Ya muchos conocemos la trayectoria divulgativa de esta joven autora, pero también aguda estudiosa de la psicología. Sus razonamientos y ensayos están abriendo una controversia sobre aspectos de la psicología humana, especialmente la relacionada con las funciones emotivas, y de cómo en nuestra sociedad se han convertido las emociones, especialmente las del amor, en un bien mercantil idealizado y sujeto a las leyes del consumismo. Sus ideas van a servir para establecer un apasionante debate dentro del mundo académico al que pertenezco, pero sobre todo, y casi más importante, para acercar esta rama del saber a la opinión pública, ya que el libro es increíblemente accesible, razón por la cual está plagado de ejemplos didácticos y consejos pedagógicos, y su redacción, lejos de resultar empalagosa, resulta muy entretenida e interesante. Como

observarán, enseguida se capta la atención del lector. Sin duda le auguro un éxito similar a su primera obra, El amor no es lo que era.

La catedrática hizo una pausa para tomar un pequeño sorbo de agua y prosiguió.

-He tomado algunas notas en diversos puntos del manuscrito en los que me gustaría entretenerme. Si me permiten... - La catedrática tomó una hoja en la que había anotado las referencias, comprobó la página, y acto seguido abrió el manuscrito en busca de la reseña en cuestión. – Veamos... Debe estar por aquí. Les leeré el párrafo completo porque las referencias del lápiz no las encuentro ... será porque hay poca luz en la sala, - bromeó, y la concurrencia rio levemente la broma. –Bien. En mi primer ejemplo la autora establece un animado dialogo entre dos posturas de la psicología, enfrentadas en relación al papel que adopta la mujer ante la emoción amorosa. Fijense con qué delicada y qué certeramente resume este contrapunto, todo un acierto el cómo expone la postura que debe adoptar la mujer ante el desafío masculino. Dice así... La joven, de espaldas a mí, se contoneó, provocativa y sensual. –La catedrática carraspeó. Por un momento dudó, pero después se aventuró a seguir.- Llevaba un vestido de verano, increíblemente corto, que dejaba a la vista sus muslos morenos y torneados. Ante su evidente seducción, le entré como un vendaval, con una mano acariciando la piel de su muslo, deslizándola hasta levantar por completo... el vuelo del vestido hasta la cintura.- La

catedrática avanzaba por la lectura entre pausas y con tono incrédulo, casi de sorpresa.- Mi otra mano la coloqué sobre su vientre y lentamente ascendió... hasta su pecho... mientras besaba con... pasión su cuello. Ella se volvió y me susurró en mi oído, suplicante... desnúdame... –Las últimas palabras solo se escucharon en la primera fila, puesto que la voz de la académica había menguado como el caudal del agua en un grifo que se cierra apresuradamente.

La catedrática carraspeó y se detuvo en este punto visiblemente desconcertada, con una gran cara de extrañeza en su semblante. “No recuerdo en absoluto un párrafo semejante...” murmuraba para sí. Volteó unas páginas en una dirección, luego en la contraria, y finalmente solicitó con unas palabras que disculparan el lapsus. Pasaría a la siguiente cita.

Mientras tanto en el público se habían sucedido diversas reacciones. Filippo, que pensaba asistir a una aburridísima disertación académica, de pronto se espabiló y empezó a prestar más atención al discurso de la catedrática. Recordó las palabras de su mujer. “¿Así que el libro de Francesca era intelectualmente picante? Pues buena se había puesto ella cuando le pilló con la revista aquella”. Como él, no pocos asistentes se desperezaron del sopor de la cena presintiendo que el próximo *bestseller* de Francesca Albani iba a tener unos grados de temperatura más elevados de los que habían estimado.

Por otro lado Francesca se había puesto rígida como un palo. Ese texto no era suyo. Estaba completamente segura de ello. Pero las palabras de Luca, advirtiéndola que a veces las editoriales jugaban con las expectativas del público y la crítica resonaban en su cabeza como la campana de una catedral. ¿Debía intervenir y cesar aquella pantomima? ¿Era un error o un acto deliberado? ¿Qué debía hacer?

Miró a Don Paolo, pero ese estaba tan satisfecho de haber recuperado sus calzoncillos que ni siquiera había oído lo que había dicho Elizabetta Passani. Pietro, por su parte, atendía con máxima atención a la ponente, si bien era cierto que el tonillo sensual de la cita lo había sorprendido sobre manera. Era una faceta de Francesca que desconocía por completo, así que Francesca, cuando miró a su prometido, contempló a una persona atenta en grado sumo a la conferenciante. Dudó si debía hacer o decir algo. Tal vez todo era un malentendido puntual.

-Lástima que no haya podido localizar el pasaje en cuestión... pero bueno, tengo muchas citas más, así que pasaremos a la siguiente en la que se abordan los convencionalismos del amor y el matrimonio y se hace una propuesta rompedora y moderna que seguramente nos llamará la atención. -La catedrática se había armado de entereza, y habiendo decidido olvidar el malentendido anterior, recuperaba el ritmo de la exposición.- En este párrafo se hacen algunos apuntes especialmente dirigidos al público masculino, qué



haría bien en tomar buena nota de sus consejos. Dice así y procedo a leer. Se trataba de dos amigas de lo más... cachondas...- tos.- No hacía falta sino mirarlas y darse cuenta que iba a resultar una seducción sumamente fácil. Me imaginé cuán agradable sería yacer con ... ambas...-carraspeó-simultáneamente... Sin duda que podría realizar... la fantasía de mi adolescencia, penetrar a una mientras besaba... ejem...- La catedrática se detuvo azorada. En esta ocasión su grado de perplejidad era absoluto. Miró a la concurrencia, pero se encontró con un centenar de pares de ojos que la miraban con máxima atención, especialmente los hombres que parecían dispuestos a tomar buena nota de mencionados consejos. Reparó que solo la mirada de Francesca era de auténtico horror.

Finalmente no le quedó más remedio que admitir lo evidente.

-No sé lo que sucede... no encuentro la cita...

Una voz del público se impuso en ese momento para sorpresa de todos.

-Porque ese libro que está leyendo es un plagio. No es de Francesca Albani sino mío, de David Vicenza. Es así como debían haberlo presentado.

Las palabras de David sobresaltaron a todo el mundo, especialmente a Don Paolo, que de pronto, como despertando de un sueño, comprendía que la presentación se había salido completamente de madre. Francesca se puso en pie, nerviosa, y Pietro hizo otro tanto.

-Ese libro es un plagio,- insistió vehemente David, provocando una oleada de comentarios entre el público.

Pero de improviso otra voz se alzó en la sala, para estupor, desconcierto y sorpresa de todos.

-Y usted es un degenerado y depravado sexual. Un incestuoso sin escrúpulos. Seducir a su hermana en una noche como la de hoy... Un depravado sexual es lo que es usted... ¡Vergüenza es lo que debería tener, vergüenza!

Era la condesa la que se había levantado acusando a David con voz autoritaria y una seguridad que dejó a todos estupefactos. Los murmullos cesaron, sospechamos que la incredulidad de lo que veían y oían dejó a todo el mundo sin ideas, más secos que el desierto del Sahara.

-Mira quien fue a hablar. Y usted es una viciosa pederasta. Seducir a una criatura de diecisiete años a la que usted triplica en la edad... ¡Pederasta!

Patrizia era la que no se pudo contener al ver con cuánta facilidad la condesa criticaba a su novio secreto cuando ella sabía de buena tinta la lamentable seducción que la vieja pícara había tendido sobre su hermano imberbe.

Ahora ya sí, el murmullo del público acabó imponiéndose a los gritos de “plagio”, “incestuoso”, “pederasta”, que se proferían en la sala de una esquina

a la contraria. Podríamos centrarnos en la tumultuosa bronca que siguió, donde buena parte de la concurrencia encontró la situación de lo más gozoso, pero debemos centrarnos forzosamente en cómo se había tomado la deriva de los acontecimientos nuestra principal protagonista.

Y como se pueden imaginar, tal era la presión que la agobiaba, que Francesca Albani, autora de *El amor no es para tanto*, se desmayó.

\*\*\*\*\*

En el caos subsiguiente resulta difícil hacerse una idea exacta de lo sucedido. Hay algunos hechos sin embargo, de los que sí tenemos cierta seguridad y que podemos enumerar a continuación.

En primer lugar se formó un incómodo corrillo alrededor de David Vicenza, integrado por dos personas, Patrizia y la condesa de Motta San Giovanni. No tenemos testigos de lo sucedido, pero es fácil imaginar un diálogo a tres bandas más o menos parecido al siguiente:

-Degenerado, te vi hacerlo con tu hermana, - dice la condesa mirando a Patrizia.

-¿Hermana? No soy su hermana... si acaso su novia secreta, - protesta

Patrizia.

Hay unos instantes de silencio. Cada uno de los tres piensa en las implicaciones que tienen las frases pronunciadas. David está como bloqueado, incapaz de saber qué decir a cada una sin que la otra se enfade.

Y después ambas mujeres dicen al unísono:

-David, eres un cabrón. – Es fácil imaginar que seguramente los epítetos fueron más crueles y contundentes, pero en esencia, la frase resume el espíritu del mensaje.

Y las dos mujeres se dan media vuelta y abandonan al caballero. Podríamos pensar que David Vicenza ha salido escaldado de todo este manejo, pero él, que es un superviviente nato, ya tenía hace tiempo un proyecto aún más ambicioso que el que representaban las mujeres que lo han abandonado. Se atusa el bigote, saca a relumbrar su mejor sonrisa, y se dirige hacia su víctima, que ya la esperaba con cierta ansiedad y una sonrisa en los labios.

Por otro lado tenemos a Don Paolo y a Giulio Garibaldi echando un vistazo al libreto que le ha entregado la catedrática, y a los que acompaña también el redactor, Zacarías Lombardi, sorprendiéndose, página tras página, de los relatos eróticos que contiene. Don Paolo no tarda en unir cabos.

-Ya sé que mierda es esta, con perdón señora, - alude a la catedrática. –

Este es el opúsculo infumable de David Vicenza, efectivamente, que se llama... Amor cachondo... Amor cojonudo... o algo igual de bochornoso. La pregunta es cómo lograron colarnos este opúsculo como la obra de Francesca.

-La portada es la del libro... - indica la catedrática, pero cuando toma la página en sí, está se sale del cuadernillo con facilidad.

Es Giulio Garibaldi el que la toma con solemnidad.

-Si me permite señora, esto es trabajo de la policía.

-Ah, ¿es usted inspector...? -pregunta la desafortunada.

\*\*\*\*\*

Francesca volvió en sí lentamente. Estaba tendida sobre uno de los sillones que contaba la sala que se situaban a ambos lados del escenario. Pietro que la atendía solícito, había logrado que el corrillo de curiosos de alrededor se alejara unos metros a fin de no sofocar a la convaleciente.

-Estás recuperando el color, menos mal... hemos avisado a una ambulancia, Francesca. ¿Cómo estás, cariño?

-Estoy bien... estoy bien, aunque algo mareada. Todo esto está siendo tan ... extraño, Pietro.

Pietro asintió.

-No te preocupes, todo se va a resolver, ahora mismo el inspector... el policía, Giulio Garibaldi, está manos a la obra, investigando el lugar de delito. Al parecer todo es increíblemente raro. La copia del manuscrito no estaba donde la había dejado Zacarías, sino en una papelería... y después resultó no ser tu manuscrito, sino el libro de David, el que yo había arrojado en esa misma papelería....

Francesca rogó a Pietro que cesara en sus explicaciones. Estaba confundiéndola, y había cosas mucho más importantes que aquel manuscrito y la presentación del libro. Justo antes de desmayarse lo había comprendido con gran claridad. Ahora se empezaba a sentir mejor, sobre todo porque ya sabía lo que debía hacerse. Era necesario realizar una intervención dolorosa.

\*\*\*\*\*

Filippo había vivido el desenlace de la presentación del libro con gran regocijo. Tendría algo que contar a sus compañeros del viejo almacén en la próxima partida. No había entendido muy bien de qué iba la cosa, pero ver a un joven moreno y bien puesto acusar de plagio y después ser acusado por una señora toda enojada de depravado sexual, para que a su vez fuera acusada de

pederasta... Tenía la impresión que el juego iba a seguir y alguien más debería levantarse y continuar la cadena de acusaciones. Resultaba grotesco... y muy divertido. No sabía que las presentaciones de libros a las que iba usualmente Marianella fueran tan “picantonas”.

Sin embargo, al final se fue poniendo orden y fue Don Paolo el que tomó la palabra, e indicó que afortunadamente contaban con la presencia de la policía en la sala. Rogaba a los presentes que mantuvieran la calma y que permitieran al inspector... subinspector... agente, desarrollar su investigación, a fin de ver si era posible localizar el manuscrito sobre la marcha. Se iba a proceder a inspeccionar el lugar del delito a fin de verificar cómo se había sustraído el original y con qué finalidad.

Cuando estaba finalizando la explicación Filippo sintió el contacto de la mano de Marianella con la suya. Le habría gustado decir que había sido un contacto amoroso, pero más bien se parecía a un garfio pirata lanzado sobre un bajel que iba a ser abordado.

-¿No tendrás nada que ver con todo esto, verdad? – Preguntó mientras apretaba su mano con una fuerza inaudita.

A Filippo no le cuadró muy bien aquel tono acusador. No entendía demasiado bien a qué se refería Marianella con el término “todo esto”. Creía que había actuado siguiendo siempre fielmente las directrices de su mujer y

ahora parecía que todo era cosa suya, como una gamberrada que se le había ocurrido improvisar. Que él recordara se sentía muy feliz en la partida de póker desplumando a unos pipiolos cuando su mujer solicitó su ayuda. Marianella se desmarcaba incomodada por algo que ella misma había promovido.

-Tranquila mujer, está todo controlado, - dijo Filippo con voz que intentó ser todo lo “agente secreto” de lo que fue capaz. Sin embargo, su tono se quebró, como cada vez que quería serenar a Marianella.

Marianella suspiró y emitió un largo quejido, temiéndose lo peor. Se había alegrado tanto de aclarar el malentendido con Zacarías y había dado tan por supuesto que su marido sería incapaz de lograr la tarea encomendada que ahora se lamentaba de su falta de celo.

Filippo no obstante se sentía feliz y satisfecho. Jamás darían con él, era un profesional. Poseía el secreto de la infalibilidad, jamás volvería a perder al póker, jamás volvería a perder la sangre fría, jamás sería descubierto, jamás...

-Filippo Binvanti, por favor, ¿quiere hacer el favor de ponerse en pie y no hacer ningún movimiento sospechoso?

Era el agente de policía, Giulio Garibaldi, el que hablaba con su voz simplona y grave. Sin embargo, la sangre fría abandonó a Filippo que se puso



en pie de un brinco. El movimiento fue tan rápido y reflejo, que no pudo controlar que el manuscrito que llevaba oculto bajo la chaqueta del smoking, resbalara y golpeará el suelo ruidosamente.

La concurrencia observó perpleja con que brillantez había resuelto el agente el caso, y prorrumpió en un estruendoso aplauso, con algunos vítores, mientras Marianella se llevaba las manos a la cara y se lamentaba amargamente.

El agente se acercó, tomó el manuscrito del suelo y comprobó lo que sospechaba, que la primera página no pertenecía al resto de la encuadernación.

-Filippo Binvanti, queda usted detenido, acusado de robo con ánimo de conspiración.

Nueva salva de aplausos. La concurrencia estaba admirada. ¿Qué clase de mente perspicaz había sido capaz de resolver un robo como aquel con aquella celeridad pasmosa? Ni Hércules Poirot lo habría hecho tan rápido. Más que una detención policial parecía el número de prestidigitador que acaba de dejar asombrada a toda la sala, y rendida, le ovacionaba. El inspector Giulio se dirigió con aire solemne, casi diríamos que con cara aburrída, a proceder a la detención del incauto Filippo, mientras con la mano que llevaba en el bolsillo jugueteaba con la tarjeta de crédito, propiedad del interfecto, que había

olvidado en el interior del archivador en el que se había perpetrado el crimen.

Entre tanto, Filippo buscaba una manera de salvar la dignidad en aquella situación insólita. Sólo se le ocurrió una, y puso su cara de póker.

“Marianella, Marianella, Marianella...”

Fue entonces cuando Lucio el finolis, fotógrafo aficionado y paparazzi mal pagado, hizo su famosa foto titulada “malhechor aprehendido” que lo catapultaría a la fama.

\*\*\*\*\*

Se había recuperado la obra original de Francesca, la catedrática estaba dispuesta a dar su conferencia y la concurrencia, que se lo estaba pasando realmente bien, se decía que puesto que el ritmo de sucesos estaba siendo tan alegre, bien merecía la pena quedarse un rato más que seguro que acababa sucediendo algo tan sorprendente e inesperado como lo anterior.

Y no iban desencaminados estos pronósticos de los invitados, que risueños y esperanzados, se decían entre sí, “a ver qué pasa ahora”.

Mientras el inspector hacía sus indagaciones, Francesca iba y venía de un lado a otro, preocupada por lo que debía o no debía hacer. Se daba perfecta

cuenta de que si las fotografías de su compromiso se publicaban en el momento más inoportuno del lanzamiento, ventaja que Massimo aprovecharía para sacar el mayor rédito posible de su caída, sería una calamidad para ella, sí, pero lo que más le dolía es que pudieran perjudicar al equipo de personas que trabajaban con ella... incluso Pietro se sentiría terriblemente culpable por lo sucedido. Estaba en un punto donde el desastre podía evitarse y se daba cuenta de que solo había dos opciones posibles. O sacrificaba a Pietro y renegaba de él antes de que las fotografías salieran a la luz, o renegaba del libro, inestimable fruto de sus entrañas.

Así que cuando Filippo fue desenmascarado como autor del deplorable crimen, Francesca ya tenía claro lo que debía hacerse.

No sabía si Pietro le perdonaría, pero al menos confiaba que con el tiempo llegara a comprenderlo.

-Estimados amigos y compañeros.... – Francesca golpeó varias veces el micrófono para llamar la atención de la gente, que aún permanecía formando corrillos y comentando el fantasmagórico aspecto del malhechor y su portentosa detención por parte del agente Giulio Garibaldi, todo eficacia, también conocido como “el prisas”, ahora sabemos la razón.

Y efectivamente, cuando la concurrencia observó que algo nuevo e inesperado iba a suceder, aguardó risueño y expectante las palabras de

Francesca, dispuesto a dejarse sorprender una vez más.

-Habéis venido a la presentación de un libro... - prosiguió Francesca una vez se hizo el silencio, - que no creo que vaya a ser publicado. Es un libro en el que analizo las razones del matrimonio y una a una las voy desmontando a fin de hacer ver los condicionamientos trasnochados y obsoletos que rigen esa institución caduca, según mis propias palabras. Lo que no sabéis es que mientras iba escribiendo este libro me sucedieron dos cosas. La primera, me di perfecta cuenta de que mi pareja de aquel entonces era un perfecto cretino y una pésima elección... - algunas miradas se volvieron hacia David Vicenza, que sonrió como si la cita fuera un auténtico honor, - y la segunda es que me enamoré de una bellísima persona, un verdadero caballero, el cual me ha pedido hoy en matrimonio... ¡y he dicho que sí!

El público, ya estupefacto de por sí, no comprendía muy bien todas las implicaciones de lo dicho, pero lo que sí entendieron es que allí mismo, delante de sus narices, se había producido una petición de mano que había sido atendida, y prorrumpió de nuevo en una estruendosa ovación.

Alguien gritó “que se besen”.

Pero Francesca logró contener el frenesí creciente retomando la palabra.

-Sería por mi parte una hipocresía enorme intentar publicar una obra que estoy contradiciendo con mi vida y con mis actos... así que creo que sería

mejor que la editorial retirara la publicación del mismo. – Las lágrimas acudieron a mansalva a los ojos de Francesca. En este punto perdió el hilo de lo que quería decir. Como siempre que estaba nerviosa, sonrió espléndidamente y a todo el mundo le pareció una chica hermosísima y encantadora. No sabía qué más decir, y una única idea acudió a su mente. - ¡Pietro, te quiero!

Y Pietro acudió raudo junto a su prometida y se besaron ardientemente.

Y la concurrencia jaleó el beso con vítores y aclamaciones que hasta podían ser escuchadas por los transeúntes de las calles aledañas.

Una vez finalizó el acto, todo el público se mostraba de acuerdo en el mismo punto. Jamás se lo habían pasado tan bien en la presentación de un libro.

Nota a la escena: Es conveniente reseñar que afortunada y felizmente, la ambulancia solicitada para atender a Francesca, llegó a tiempo de socorrer al pobre Don Paolo, que en estos momentos de la velada sufría una angina de pecho de libro.

\*\*\*\*\*

Esa misma noche tiene lugar en una céntrica oficina de prensa romana, una siniestra escena. Dos hombres, ya conocidos, examinan en una pantalla gigante una larga serie fotográfica realizada con aviesas intenciones. Han apagado las luces del despacho a fin de que el contenido digital, que se muestra en una gran pantalla de ordenador, tenga el mayor protagonismo.

-No sé, Lucio... yo diría que esto que se ve aquí es....

Pero Massimo duda. No sabe muy bien qué decir.

-Pondré la siguiente, - dice el paparazzi.

La siguiente imagen es observada por los dos periodistas con detenimiento. Massimo muge como una vaca, a punto de decir algo. De Lucio podemos decir que emite un sonido parecido a un ronroneo mientras parece que está alumbrando una idea.

-Creo que me serviré más café ... - dice finalmente el fotógrafo.

-Ponme a mi otra taza, bien cargada.

Un rato después ambos hombres miran concienzudamente la fotografía una vez más.

-¿Puedes ampliar un poco esta parte de aquí? – señala Massimo.

-¿Así? Qué te parece?

Massimo cavila, concentrado.

-Creo que es un ojo... ¿No te parece que es un ojo?

-No, yo estaba pensando que es el brillo de un zapato de charol...

Pasan a la siguiente imagen.

- Creo que tengo algo. ¿Puedes poner la anterior y después esta? Rápido, primero una y después otra. Para crear sensación de movimiento...

Lucio le hace caso y alterna sucesivamente entre una imagen y la otra.

-Para... - ordena después de un rato, secamente.

- ¿Lo tienes?

-No. Me estoy mareando.

Massimo suspira y se seca el sudor.

-Oye, ¿por qué no haces una batida rápida a ver si se ve algo claramente en alguna imagen?

-Buena idea... vamos allá.

Una sucesión de claroscuros indefinibles va sucediéndose en la pantalla sin que figura, silueta, rostro, nada... pueda ser discernible. De pronto ambos hombres gritan al unísono.

-¡Para!

-¡Ahí!

Es una imagen clara, nítida. Una puerta entreabierta por la que entra la claridad lunar. Asomada, una cara perfectamente reconocible. Pertenece a una anciana señora de pelo cano, diadema de brillantes y mirada traviesa.

FIN



...

¿FIN?

# MOVIMIENTO IV

*Andantino presto*

Sería una crueldad innecesaria concluir la presente obra sin saber qué fue de nuestros protagonistas. Sin embargo, resulta mucho más fidedigno que el mero relato de la autora, pero sin que nos sirva de precedente, el acudir a los medios de comunicación y presentar una relación de notas de prensa que nos dará una idea fiel de las idas y venidas de cada cual.

## EL JUEZ LIBERA A FILIPPO BINVANTI TRAS DETECTARSE UN PROBLEMA DE MULTIPLE PERSONALIDAD

A la palmatoria evidencia de las fotografías que encabezan este artículo nos remitimos. Obsérvese el rostro cargado de una insana maldad de la izquierda en comparación con la expresión simplona y bonachona del rostro de la derecha. ¿Se atreverían a pensar que es la misma persona? Pues así lo ha confirmado una comisión de expertos. Filippo Binvanti es el nombre del sujeto que es capaz de alterar su semblante de manera tan dramática y brutal. Cómo se opera ese inexplicable cambio fisonómico es algo que los psicólogos han tratado de explicar al juez, que después de muchos días de deliberación, ha decidido poner en libertad sin cargos al fontanero con personalidad de Mr. Hide. Vemos en la imagen inferior el momento en el que su mujer lo acoge con un caluroso abrazo a la salida del calabozo de los *Carabinieri* en la capital.

El señor Filippo Binvanti ha rehusado hacer declaraciones a este medio, pero sí hemos podido contactar con amigos y vecinos del liberado por la justicia. Maurizio, un compañero de partidas de póker, nos dice lo siguiente.

“Aquella misma tarde ya presentíamos que algo malo iba a pasar. Filippo estaba muy raro y todos nos asustamos mucho, tanto que le dejamos que nos ganara la partida. Se notaba que tenía la violencia a flor de piel”.

## EL AMOR SUPERA UNA VEZ MÁS LAS DIFERENCIAS DE EDAD.

La potentada de los medios televisivos, que domina el grupo accionarial, mayoritario de la Sociedad Telitalia, la señora Giacinta Tessaro, ha contraído nupcias con un joven y apuesto caballero, David Vicenza. La millonaria se ha mostrado en todo momento muy ilusionada con el flechazo y nos ha indicado que todo sucedió muy rápido. Por su parte el joven David Vicenza nos ha sorprendido a todos con sus declaraciones sobre la profundidad de sus sentimientos y como ha sentido que estos le han empujado como una fuente de inspiración a fin de ser mejor persona y merecer el afecto de su amada.

No comparten el entusiasmo de la pareja las hijas e hijos de la dama,- también algunos de sus nietos que tienen mayoría de edad se han manifestado en este mismo sentido,- que ya han contactado con un prestigioso bufete de la capital a fin de proceder con los pertinentes trámites...

(Una imagen a todo color ilustra la noticia. David Vicenza, a quien ya conocemos, moreno y apuesto, sonrío con su naturalidad habitual. A su lado, una señora anciana, de pelo rizado y blanco como la nieve, con una diadema de brillantes, sonrío un tanto pícaramente mientras guiña un ojo).

## NOTICIAS DEL MUNDO EDITORIAL

Francesca Albani sigue una semana más batiendo récords.

Así es. El libro “El amor no es para tanto...¿o sí?” sigue una semana más en el número uno de ventas de literatura de no ficción, estableciendo una plusmarca que va a ser difícil de batir. Tal vez sea la puesta en escena del libro, tan mediática como difundida por redes sociales y medios de comunicación, tal vez sea por las controversias que su posterior reescritura, y la famosísima declaración de amor y compromiso que tuvo lugar en dicho acto, lo cierto es que el libro se vende como rosquillas, se compra como si fuera el pan, se lee hasta en la ducha. Son muchos los críticos que advierten que toda aquella presentación fue una hábil estratagema de marketing ideada por el famoso editor Don Paolo Lampedusa, pero él se ha negado a aclarar este asunto y en cualquier caso reniega de volver a realizar presentaciones de esta naturaleza “por el enorme desgaste psicológico y físico que conllevan”. “En lo sucesivos nos atendremos a los protocolos tradicionales que son patrimonio y sello característico de nuestra casa”, zanja el editor con voz solemne y autoritaria.

Mientras tanto la feliz pareja compuesta por Francesca y marido esperan

su primer retoño.



## MAS NOTICIAS DE BODA DESDE EL SUR

“A veces el destino nos juega buenas pasadas”. Así de optimista se ha mostrado el inspector, subinspector o agente local de policía, -cargos que ostenta y desempeña en función de un curioso y rocambolesco procedimiento administrativo,- Giulio Garibaldi, cuando se dio a conocer su reciente compromiso con la condesa de Motta San Giovanni.

Al parecer el agente, que estaba pendiente de entre tres destinos completamente distintos, cada uno situado en una esquina distinta del país, (y que nos negamos a reflejar en el presente artículo por ser la historia demasiado enrevesada), acabó siendo destinado, ni él mismo sabe cómo ni por qué, a la comarca en la que la condesa ejerce su dominio. Cuando estaba a punto de recurrir el destino al que la administración pública le había encomendado inexplicablemente, las vidas del agente y la condesa se cruzaron, y al parecer de una forma definitiva.

Y si este amor no es prueba suficiente para algunos de cómo hay almas predestinadas a encontrarse, es que son ciegos.

## NOTICIAS DEL MUNDO DE LA PRENSA

A continuación reproducimos una breve transcripción de la entrevista que el canal de televisión internacional MTV realizó a Lucio Accorso, alias el finolis, a raíz de lograr el premio Pulitzer de fotografía por su instantánea rebautizada por él mismo como “malignidad”.

...

-Cuándo hizo la famosa fotografía que lo ha catapultado a la fama... ¿Cómo logró mantener la sangre fría y el pulso firme para no sentirse acobardado por esa mirada cargada de ... lo que sea que tuviera esa mirada ?

-Yo siempre digo que los fotógrafos tenemos que ser como los sheriff del lejano oeste, primero disparas y después preguntas.

-¿Fue suerte, inspiración,... lo que provocó que disparase la cámara en el preciso momento en el que los carabinieri ponían la mano encima al peligroso delincuente?

Lucio suspira.

-El que la sigue la consigue. Siempre que salgo de casa me digo; esta noche seguro que pesco algo, Lucio. Así fue.

-Lucio, una pregunta más, ¿de dónde sale eso de “el finolis”?

Lucio emite un largo y sonoro...

En este punto suspendemos el extracto de la entrevista a nuestro protagonista en lo que se refiere a la historia que nos ocupa.

## POLITICA NACIONAL

### Cadena de dimisiones en el gobierno italiano

La política nacional sufre un nuevo terremoto con la dimisión en cascada de una serie de ministros que han anunciado su cese irrevocable al jefe de gobierno. Las causas de esta crisis son completamente desconocidas. Todo el mundo hablaba de la fantástica sintonía que existía dentro del gabinete de gobierno y se desconoce qué motivo ha provocado semejante conmoción política.

Las malas lenguas sin embargo, sí que apuntan a un probable origen del derrumbe político que padecemos. Al parecer una famosa madame romana ha sido vista frecuentando el *palazzo* Chiggi, sede del gobierno de la nación, acudiendo a citas en horario diurno... y nocturno. La aparición de esta mujer exuberante, sin otro papel conocido que el de despertar la inspiración de sus asesores, ha levantado más de una suspicacia acerca de que otras cosas adicionales puede haber despertado.

El mutismo en relación al papel de esta mujer es absoluto y cuando la redacción ha mostrado interés por averiguar si alguien soltaba prenda al

respecto... nos miraban con cara rara, muy rara.

# **RELACION DE TOMAS FALSAS, VERSIÓN EXTENDIDA Y ALGUNAS NOTAS**

Toda buena película tiene su relación de tomas falsas e incluso la versión extendida. En este libro, pese a su dudosa calidad, no hemos querido ser menos. Después de arduas discusiones entre el editor y yo misma, varios capítulos fueron cruelmente suprimidos de la redacción final. No he querido privar al lector en esta versión extendida de “El amor no es para tanto”, de estas escenas, que a continuación se relatan.

## UNA ESCENA EN EL BAÑO

Pietro está apurado y necesita ir al baño. Generalmente este tipo de situaciones son omitidas en las novelas, porque pueden imaginarse que a si los escritores nos da por reflejar las situaciones escatológicas de los protagonistas, fruto de las necesidades fisiológicas propias de cualquier ser humano, otro tono muy distinto empezarían a tener las novelas, por muy distintos géneros que se abordaran en el resto de la misma. Héroes y heroínas pierden mucho con los pantalones y faldas bajados.

Así pues, volviendo a retomar el hilo, tenemos que en un momento dado Pietro acude al baño de caballeros. Como suele ser habitual, en el de las damas se ha formado una cola de féminas que aguardan impacientes su turno, bien sabemos todas como es esto. Pietro ruega que le disculpen mientras avanza decidido hacia el acceso a su lavabo. Pero la voz de una de las señoras que aguarda en la cola le lanza una advertencia.

-Caballero, yo que usted no entraría ahí dentro... si no quiere coincidir con una señora...

Pietro se queda sorprendido, clavado en el lugar, con la mano justo en el pomo, a punto de abrir la puerta.

-¿Señora, dice usted? Yo creo que es una fulana de tomo y lomo, no hay más que verla...- ríe otra señora con tono de desdén.

-Sí, cómo mira a los hombres... parece que se los va a comer, y están todos con la lengua fuera, - apunta otra con evidente malestar.

Pero Pietro no está para andarse con contemplaciones. Es el baño de caballeros y tiene a mucho trabajo por delante. Sin dudar un segundo toma la decisión.

Entra en el baño dispuesto a hacer... lo que había ido a hacer. Se lleva una inesperada sorpresa.

Se trata de la espectacular mujer de rojo la que... estaba en los urinarios de hombres, de pie, haciendo sus necesidades con la falda levantada, y evidentemente, haciéndolo como un hombre.

-Carajo, no aguantaba más, - dice con voz de camionero, tras un juramento antes de ajustarse el vestido, una vez finaliza.

Cuando se da la vuelta y ve a Pietro clavado como una estatua, le regala su mejor sonrisa.

-Hasta ahora caballero, - dice con una vocecita casi infantil y un parpadeo encantador.

Pietro se queda pasmado ante la situación. Después un pensamiento lo



sacude como un terremoto.

“¡Caramba con Don Paolo!”

## LA ÚLTIMA PIEZA DEL PUZZLE

Si recuerdan, habíamos dejado a nuestra pequeña Anastasia a merced del loco del chelo en lo que parecía ser el prelude de un crimen. La chica, escondida en la penumbra de un almacén de la planta superior del *palazzo*, lejos de todo auxilio, y el peligroso sujeto ocupando toda la puerta y obstruyendo cualquier posible vía de escape. Veamos como siguió la escena suprimida.

-No tengas miedo... -dijo el chelista con una voz que parecía indicar todo lo contrario, pues sonó brutal, carente de cualquier género de delicadeza.

Anastasia gimió, y lo mismo hizo el otro joven.

-No temas, no temas... es que verás, soy así, impetuoso, nervioso... No siempre estoy de esta manera, sólo cuando actúo...

Anastasia se tranquilizó lo suficiente como para atreverse a mantener una conversación.

-Me has asustado... ¿Qué manera de comportarse es esa?

A medida que sus ojos se acostumbraban a la escasa claridad que llegaba desde el jardín, pudo comprobar Anastasia que aquel hombre tan pronto

sonreía como adquiría una apariencia seria, concentrada, y alteraba entre una y otra expresión rápidamente, sin orden ni concierto.

-Tengo el síndrome de Tourette... ¿lo conoces?

-Sí... son tics que no puedes dominar, ¿no?

-Exacto, exacto ... - el joven casi gritó de júbilo ... o rabia. Anastasia no sabría decir de qué. Finalmente siguió con su explicación. – Verás, entre semana soy un tipo de lo más vulgar porque tomo una medicación que me convierte en un tipo absolutamente normal... pero cuando actúo no tomo las pastillas... ¡joder! Y ahora es como si fuera... un superhéroe con muchos superpoderes... por lo menos el superpoder del chelo.

Anastasia no pudo evitar una tímida carcajada.

-Te buscaba... te buscaba... por tu voz.... – musitó finalmente el músico.

Anastasia tragó saliva.

- ¿Por mí voz? ¿Qué le pasa a mi voz?

-Me he enamorado de ti por tu voz.

Anastasia no dio crédito a lo que oía. De pronto aquel ser que se le había antojado maligno y perverso aparecía ante ella completamente distinto. Sus bucles rizados, sus ojos claros y cargados de chispa, su cuerpo delgado, puro nervio.... ¿No era encantador? Y esa personalidad arrebatadora. ¿Había dicho

que se había enamorado de ella por su voz?

- ¿Quieres que siga hablando? Mira que cuando empiezo a hablar puedo ser como una cotorra, especialmente cuando tomo confianza con la gente...

Pero Anastasia no pudo seguir hablando porque el joven se le había acercado, y arrodillándose junto a ella, la besó cálida y largamente, un beso que Anastasia aceptó con fervor.

No es cuestión de fisgar demasiado en la actividad amorosa de nuestros personajes, pero baste decir que quince minutos después, una vez saciado el ardiente deseo de nuestros jóvenes amigos, ambos se dejaron caer rendidos en el suelo y fruto de un movimiento casual del extasiado chelista, su mano suelta golpea lo que parece ser un trípode, que cae aparatosamente al suelo.

-¿Qué has hecho, querido? – pregunta amorosa la que ya podemos considerar pareja en este desenlace tan inesperado.

-He golpeado un puto chisme... caramba... una cámara fotográfica.... Perdona por el taco... a veces no logro dominarme, ¡joder!

Anastasia, después de reprimir una risita, le ruega al chelista, su novio;

-Pues anda, déjala como estaba no sea que la hayas roto y alguien se dé cuenta. Seguro que es cara.

## NOTA FINAL DEL EDITOR

Se hace constar que el título “Amor calenturiento” ha sido registrado por la editorial.

Por si las moscas.

## NOTA FINAL DE LA AUTORA

A mis lectoras que les haya gustado la presente historieta les recomiendo que aguarden a “El amor está al caer”, una secuela que promete superar lo presente.

## OTRA NOTA FINAL DE LA AUTORA (qué pesada)

Es en este punto final del libro donde los escritores agradecemos a los lectores su confianza, fidelidad, y esfuerzo (por haber conseguido llegar hasta la última página) porque a fin de cuentas, como ya ha dicho más de uno – después de mucho repensar-, ¿qué sería de nosotros los escritores, sin ellos los lectores? ... (Aunque yo también me digo para mí que eso está muy bien, pero.... también se podría decir al revés... ¿qué sería de los lectores sin nosotros los escritores?)

Sí, es un estado de cosas harto complejo, bien lo sé. Quid pro quo que diría algún listillo. Por eso es pertinente que hablemos claro, tú y yo, amiga lectora. ¿Quieres disfrutar de la continuación de esa prometedora saga literaria y poder gozar con la lectura de “El amor está al caer”, o la no menos esperada “Amor calenturiento? Pues sólo hay una forma de lograrlo, que es hacer *click* con el ratón en la quinta estrella en la valoración del libro. Cualquiera de las otras opciones sólo logrará sumir a la presente autora en la más honda y profunda depresión... y que considere seriamente volver al mundo de la publicidad de detergentes del que tal vez nunca debí salir. Pero

dándole a las cinco estrellas... En fin, los gritos de alegría se oirán en Tombuctú.

Lo dicho, muchas gracias y espero que hayas disfrutado tanto como yo cuando escribí esta historieta.